

# Juan Francisco Sans

jfsans@gmail.com

## Ens.hist.teor.arte

Sans, Juan Francisco, «Baile y poder en la Colombia de Bolívar», *Ensayos. Historia y teoría del arte*, Bogotá, D. C., Universidad Nacional de Colombia, 2012, núm. 22, pp. 136-168.

## RESUMEN

Lejos de ser una actividad frívola y banal, el baile constituye una poderosa arma política en tiempos de guerra y de paz. Intentando demostrar este aserto, se revisa específicamente la utilización del baile en el periodo que va desde el comienzo del proceso independentista en Nueva Granada y Venezuela, en 1810, hasta el fin del proyecto colombiano con la muerte de Simón Bolívar, en 1830. Para ello se apela a las teorías de la economía política de la música de Jacques Attali y el concepto de *manifestaciones musicales impuestas* de Véronique Hébrard.

## PALABRAS CLAVE

Baile, música, Simón Bolívar, Guerra de Independencia.

## TITLE

*Dance and Power in Bolivar's Colombia.*

## ABSTRACT

Far from being a frivolous and banal activity, dance is a powerful political weapon in times of war and peace. Trying to prove this assertion, we discuss specifically the use of dance in the period from the beginning of the independence process in New Granada and Venezuela in 1810, to the end of the Colombian project with the death of Simon Bolivar in 1830. To do that, we refer to the theories of political economy of music of Jacques Attali and the *imposed musical events* concept of Véronique Hébrard.

## KEY WORDS

Dance, music, Simon Bolívar, Independence War.

## Afiliación institucional

*Profesor Titular*  
*Universidad Central de Venezuela*

Músico venezolano. Ha actuado en diversos países de América y Europa como director, pianista y flautista dulce, con gran aceptación de la crítica, habiendo grabado numerosos discos en calidad de pianista. Sus trabajos académicos han sido publicados en diversos libros y revistas especializadas. Se ha desempeñado como subdirector y pianista del Coro de Opera del Teatro Teresa Carreño, director de la Orquesta del Conservatorio Juan José Landaeta, presidente de la Fundación Vicente Emilio Sojo, director del Coro Sinfónico Nacional de Costa Rica y del Centro Nacional de la Música de Costa Rica, entre otros. Fue productor y locutor de diversos programas radiofónicos en las más importantes emisoras del país. Actualmente es director de la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela.

# Baile y poder en la Colombia de Bolívar<sup>1</sup>

Juan Francisco Sans

## Baile, sociedad y poder en el temprano siglo XIX

No sabemos por qué razón debe llamar más la atención de los hombres la historia interminable de sus guerras y matanzas, que la de los bailes, y de la música que tanto le ayudan a soportar las miserias de la vida, y que han contribuido a su civilización con la que están tan enlazadas<sup>2</sup>.

ÁNGEL VILLALOBOS, 1845

Una de las sugerentes tesis sostenidas por Jacques Attali en su conocida obra *Ruidos* propone que «[...] cada ruptura social importante ha sido precedida por una mutación esencial en los códigos de la música, en su modo de audición y en su economía»<sup>3</sup>. Según esto, podríamos leer en los cambios verificados en los géneros y estilos de la música, en sus modos de producción y consumo, una anticipación de aquellas transformaciones que se van a operar

---

<sup>1</sup> Este artículo fue originalmente presentado como ponencia en la V Cátedra Latinoamericana de Historia y Teoría del Arte *Alberto Urdaneta*, «Artes, sociedad y cultura en la Colombia de Bolívar, 1770-1830», realizada por el Instituto de Investigaciones Estéticas en Bogotá, Popayán y Riohacha del 25 al 31 de agosto de 2011.

<sup>2</sup> Ángel de Villalobos, «Noticias acerca del baile», *La Colmena. Periódico trimestre de ciencias, artes, historia y literatura*, Londres: Ackermann & Cia., p. 180.

<sup>3</sup> Jacques Attali, *Ruidos. Ensayo sobre la economía política de la música*, México: Siglo XXI editores, 1995, p. 21.

posteriormente en el cuerpo social. La música funge así como una especie de monitor de las alteraciones que sufren los grupos humanos. De este modo, música y baile se constituyen en indicadores privilegiados que permitirían detectar las tendencias de una época o periodo histórico, y predecir eventualmente un cambio en su comportamiento futuro.

Si en algún momento de la historia podemos considerar constatable la tesis de Attali, va a ser precisamente en los últimos años del periodo colonial hispanoamericano. Desde finales del siglo XVIII se evidencian algunos signos en la música occidental que preconizan abiertamente los cambios por venir. Esta época constituye un periodo tremendamente convulso, en el que la Revolución Francesa da al traste con el *Ancien Régime*, se allana el camino de Napoleón Bonaparte al poder y sus invasiones a Europa crean el caldo de cultivo imprescindible para la emancipación de las repúblicas americanas, no bien empezado el siglo XIX.

No va a ser coincidencia que en esos tiempos se verifique un proceso de vertiginosos cambios en la música, así como en sus modos de producción y consumo. El estilo barroco, establecido por más de ciento cincuenta años a lo largo y ancho de Europa y América, da paso en menos de medio siglo, primero al rococó, luego al clasicismo, y muy prontamente al romanticismo musical. Este aceleramiento de los cambios estilísticos en el tiempo resulta una característica inherente a la modernidad musical. En este marco surge la forma de sonata y sus sucedáneas como el correlato musical de los nuevos tiempos. Junto a ella, vemos aparecer las editoriales musicales, con el consecuente reconocimiento de los derechos autorales, el concierto de contribución, las orquestas sostenidas por fondos públicos, las sociedades filarmónicas, en fin, toda una serie de circunstancias e instituciones que cambian por completo la concepción de lo que hasta entonces significaba hacer música, vivir de ella y disfrutarla.

Va a ser en el ámbito de la música escrita para el baile donde estos síntomas se van a hacer patentes de una manera casi gráfica. Hay un género en particular que surge a finales del siglo XVIII —el *vals*—, que se convertirá en la expresión más decantada de la sensibilidad burguesa emergente. La música y la coreografía del vals encarnan una revolución social en sí misma. Nunca en la historia de la música se había hecho tan evidente el modelo de melodía acompañada como en este género, caracterizado precisamente por una conformación extremadamente simple: un bajo en el primer tiempo y un acorde repetido en el segundo y el tercero, contra los cuales se dibuja una melodía de fácil recordación. Esta música se bailará por primera vez en la historia occidental por una pareja enlazada, algo nunca antes visto, dando vueltas en el sentido del reloj alrededor del salón, sin un plan fijo de desplazamiento, sin una ruta trazada de antemano, cuidando evitar una colisión indeseada con el resto de las parejas danzantes. Más allá de la condena moral por el roce efectivo entre hombre y mujer que propicia esta manera de bailar, estamos en presencia de un género que exacerba naturalmente el espíritu individualista, propio del capitalismo en auge. Constituye sin duda un cambio trascendente en el estilo musical y coreográfico.

Los viejos géneros bailables, como el minuet o el rigodón, tenían un carácter esencialmente coral: eran bailes grupales, conducidos por la figura de un bastonero, que da órdenes

a los bailarines y guía la danza y las figuras. Estos bailes eran fiel reflejo de la aristocracia en los regímenes absolutistas del periodo barroco. El vals, por su parte, introduce un elemento totalmente novedoso, revolucionario si se quiere, en el sentido de que anula totalmente el carácter gregario de estos bailes, y crea una modalidad enteramente novedosa, jamás vista en la historia: el baile de parejas enlazadas. Poco a poco, pero especialmente a partir de 1830, cuando ya las repúblicas americanas están consolidadas, y España se encuentra bajo un régimen monárquico liberal, irán surgiendo otros géneros bailables que van a imitar este modelo del vals, como la danza, la mazurka y la polka. El éxito del vals y de sus géneros sucedáneos se va a afinar precisamente en este novedoso estilo coreográfico y musical, que pone en evidencia una concepción mucho más individualista del baile que la del antiguo régimen, más cónsono con los ideales del liberalismo burgués.

De todos estos antiguos bailes de la nobleza, solo la contradanza sobrevivirá hasta bien entrado el siglo xx. Esto puede deberse quizá a su versatilidad para adaptarse a los nuevos gustos. De hecho, la última figura de la contradanza, el *cedazo*, solía hacerse valsada. De las mutaciones de la contradanza se origina en América la danza, cuya base rítmica de tango o habanera la hace característica. La paulatina toma del poder por las nuevas élites en los regímenes liberales que surgen en los primeros años del siglo xix viene precedida de la instalación de nuevos gustos y formas de ver el mundo, donde la apropiación y control del ruido se convierten en símbolos del poder político. La transformación del exclusivo salón aristocrático en un salón burgués mucho más democratizado y popular, integrado por miembros de las clases emergentes, en la que se verifica un notable cambio en el carácter y naturaleza de la música y la coreografía asociadas a estos espacios, van de la mano con las transformaciones sociales del periodo.

El baile ha constituido siempre la ocasión ideal para hacer alarde de riqueza y poder. Durante la dominación hispánica, las mujeres ostentaban abiertamente el estatus económico de su familia. Así lo deja ver Ducoudray-Holstein —general de los ejércitos libertadores—, al referirse a ciertos hábitos de la sociedad colonial en los años postreros de dominación española:

Antes de la revolución, no era inusual ver damas en un baile u otros festejos usando más de 200.000 dólares en relojes, diamantes, perlas, etc., en sus vestidos, sin verse por ello recargadas. [...] Iban seguidas de 20 o 30 sirvientes de ambos sexos, libres y esclavos, muy bien vestidos [...] El marido nunca acompañaba a la esposa a la iglesia, ni en Caracas ni en Bogotá<sup>4</sup>.

Por supuesto que la corte virreinal constituía un sitio ideal para hacer ostentación del poder con el baile. Don Antonio José Amar y Borbón llega junto con su esposa Doña Fran-

---

<sup>4</sup> «The revolution, it was not unusual to see ladies at a ball or other festivals wearing more than 200,000 dollars in watches, diamonds, pearls, &c, in their dresses, without appearing to be before overloaded. [...] They were followed, often, by 20 or 30 servants of both sexes, free and slaves, very neatly dressed [...] The husband never accompanied the wife to church, either in Bogota, or at Caracas» [Traducción mía]. Henri La Fayette Guillaume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar, president liberator of the Republic of Colombia: and of his principal generals; secret history of the revolution*, Boston: S.G. Goodrich & Co., 1829, p. 45.

cisca Villanova a Santa Fe en septiembre de 1803, con fines de ocupar el cargo, sin sospechar que sería el último virrey de la Nueva Granada. Su mandato, que se extendió hasta los turbulentos días de 1810, se distinguió por el boato y la fastuosidad. Henao y Arrubla refieren de manera particular el éxito que los bailes de máscaras alcanzaron durante el gobierno de Amar y Borbón, y cómo esta ilusión de armonía y prosperidad culmina abruptamente en los años aciagos de la Guerra de Independencia:

«No hubo Virrey, refiere el cronista, a quien se le hiciesen más obsequios de grandeza y aparato que a este». En el coliseo se representó una comedia: el Virrey y su mujer bailaron allí en el primer baile de máscaras, donde «era cosa digna de ver la diversidad de figuras tan extrañas, que parecía otro mundo u otro país». El Oidor Juan Hernández de Alba, el *golilla* odiado después, dirigió las mascaradas durante varias noches; y multitud de gentes de diferentes lugares vinieron a Santa Fe a divertirse, con el rejoneo de los toros, iluminaciones, fuegos, globos y músicas. Aquellos fastuosos días guardaban crueles sorpresas a los gobernantes<sup>5</sup>.

Precisamente en esos años previos a la Independencia se instala en las colonias americanas la costumbre de organizar tertulias en las casas particulares, donde fundamentalmente se difundía el pensamiento de la Ilustración de una forma amena y distendida. Alexander Von Humboldt observa ya en estas tertulias, a propósito de su visita a la Capitanía General de Venezuela a comienzos del siglo XIX, la existencia de una división muy marcada de opiniones entre los caraqueños: aquellos apegados a las antiguas tradiciones españolas, y otros imbuidos —de manera irreflexiva según sus propias palabras— en las ideas iluministas. Esto no es solo en cuanto a maneras de ver el mundo, sino principalmente en cuanto a la forma de vivirlo. Ya para ese momento se gesta en Caracas lo que Humboldt llama «un gran cambio de ideas», manifestado fundamentalmente en el desdén de la nueva generación por «aquellas cosas estimables y bellas que exhiben el carácter, la literatura y las artes españolas, [que] han perdido su individual nacional [...]»<sup>6</sup>. Entre ello podríamos mencionar sin temor a equivocarnos a los bailes tradicionales españoles, que empiezan a ser sustituidos por las modas importadas de la contradanza y el valse.

Unas cuantas de estas tertulias comienzan a destacarse en la Bogotá de finales del XVIII y comienzos del XIX, como, por ejemplo, la del cubano Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria, llamada la «Eutropélica». El término eutropelia se refiere según el *Diccionario de la Real Academia Española* a la «virtud que modera el exceso de las diversiones o entretenimientos», al «donaire o jocosidad urbana e inofensiva», o al «discurso, juego u ocupación inocente, que se toma por vía de recreación honesta con templanza». La intención de poner este nombre a la tertulia era obvio: despejaba de entrada todas las sospechas de eventuales

---

<sup>5</sup> Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, Bogotá: Librería Colombiana, Camacho Roldán & Tamayo, 1920, p. 251.

<sup>6</sup> Citado por Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación-Universidad Central de Venezuela, 2002, p. 169.

conspiraciones y confabulaciones que pudiesen cobijarse en su seno. Cabe destacar en el caso particular de la «Eutrapélica» que Socorro Rodríguez, su organizador, además fundador de la primera publicación semanal de carácter regular que existió en la Nueva Granada —*El Papel Periódico de la Ciudad de Santa Fe de Bogotá*—, fungía de bibliotecario real nombrado por el virrey Ezpeleta, por lo que debía cuidar de su buen nombre de funcionario a la hora de convocar a este tipo de reuniones públicas.

También encontramos en Bogotá las tertulias de Antonio Nariño, llamadas «El casino», «El círculo literario» o «La tertulia patriótica»<sup>7</sup>. Estas tertulias eran frecuentadas por la flor y nata de la clase política neogranadina, algunos de ellos futuros miembros del procerato independentista americano. Allí se discutían esencialmente textos de los filósofos ilustrados y de los enciclopedistas, además de leer la prensa internacional, bailar, interpretar música, comer y sostener conversaciones sobre los más diversos tópicos. La verdad es que muchas de estas tertulias americanas constituyeron simplemente fachadas para el funcionamiento de sociedades secretas como la masonería. Es así que en el seno de la tertulia de Nariño se ocultaba «El Arcano Sublime de la Filantropía», como se denominó la primera logia masónica neogranadina. Las autoridades coloniales sospechaban con razón del espíritu sedicioso que reinaba en estas reuniones, y pensaban que sus organizadores engañaban a los concurrentes, mostrándose como filarmónicos, filántropos o amantes de la literatura y las bellas artes, cuando en realidad los usaban simplemente como parabanes para actividades *non sanctas*.

También funcionó en Bogotá a principios del XIX la conocida «Tertulia de los sabios o del Observatorio Astronómico». Esta tertulia estuvo en manos del sabio Francisco José de Caldas, y muchas de sus actividades se publicaron en *El Semanario del Nuevo Reino de Granada*, cuyo primer número dirigido por él y por Joaquín Camacho apareció en 1808<sup>8</sup>. Según Henao y Arrubla<sup>9</sup>, durante los tiempos finales del periodo virreinal se instalaron en Santa Fe de Bogotá otras tertulias además de las ya mencionadas, como el Círculo del buen gusto, que funcionó en la casa de Manuela Santamaría de Manrique. Estos mismos autores sostienen que en las tenidas bogotanas se leían «*El Argos* de Cartagena, *El Español* de Londres, la *Gaceta de Caracas*; se comentaban con calor las producciones de *La Bagatela* y de otros periódicos santafereños, y se recitaban décimas, fábulas y composiciones de género satírico, alusivas a los estropeados *carracos* o federalistas»<sup>10</sup>.

Una vez declarada la independencia en 1811, muchas de estas tertulias siguieron funcionando normalmente. José María Vergara y Vergara recoge la historia de un memorable evento que tuvo lugar la noche del 13 de mayo de 1813 en casa de los Marqueses de San Jorge

---

<sup>7</sup> Flor María Rodríguez Arenas, *Periódicos literarios y géneros narrativos menores: fábula, anécdota y carta ficticia. Colombia (1792 – 1850)*, Doral: Stockcero, Inc., 2007, pp. 11-12.

<sup>8</sup> Flor María Rodríguez Arenas, *Periódicos literarios y géneros narrativos menores...*, p. 16.

<sup>9</sup> María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 240.

<sup>10</sup> María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 307.

en Bogotá. Allí se reunió un grupo de unas cincuenta personas, entre los que se contaban Antonio Nariño, Camilo Torres, Antonio Baraya y José Fernández Madrid, todos prohombres de la independencia colombiana. La marquesa de San Jorge quería darle por despedida a Antonio Nariño —quien partía en campaña al sur del país— «lo que se llamaba entonces un *refresco*, es decir, *una taza de chocolate*»<sup>11</sup>. En este refresco se bailó la contradanza, el capitusé, el zorongo, el ondú y las dos cañas (todos bailes nacionales españoles), pero cosa notable, ya no el minueto, resabio de la aristocracia más rancia. «Cuatro años después, todos los hombres de aquella tertulia, menos dos, habían sido fusilados: todas las mujeres, menos tres, habían sido desterradas»<sup>12</sup>. Así como cambian los tiempos, también los hombres, las costumbres, las danzas, la música, y hasta la comida: «Morillo hizo su cosecha de sangre. Pasó aquella tempestad y vino Bolívar. Con Bolívar, vinieron los ingleses de la Legión Británica, y con ellos, ¡cosa triste!, el uso del café que vino a suplir la *taza de chocolate*»<sup>13</sup>.

### La patria boba y la República Aérea bailan

Nicomedes Pastor Díaz, en un discurso pronunciado en el senado español el 11 de mayo de 1859, en el que se debate aumentar la fuerza del ejército y los recursos para el material bélico, se queja de que

Es menester que protestemos un día y otro día contra aquella especie de orgía diplomática, en que entre contradanza y contradanza se señalaban los límites de una nación, en que un brindis decidía de la suerte de una ciudad, y en que provincias enteras eran pago o trato de un galanteo [...] Es menester que protestemos contra las injusticias que se nos hicieron entonces, porque nosotros, que habíamos sabido enviar a los campos de batalla hombres que supieron morir, no enviamos a Viena un hombre que supiera bailar<sup>14</sup>.

Mencionamos esta política escandalosa que denuncia Díaz en la España de aquella época porque, como veremos, será la que va a prevalecer durante uno de los episodios más cruentos de la historia de América: la Guerra de Independencia. Aunque parezca paradójico, no bien desatado el proceso independentista en 1810, comienzan a sucederse uno tras otro los festejos que celebraban tan magno acontecimiento, sin prever que en el muy corto plazo devendrían reacciones fatales por parte de la Corona Española que afectarían de manera dramática e irreversible la vida de todo el continente. En sus *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, José Domingo Díaz rememora aquellos años con especial amargura, precisamente

---

<sup>11</sup> José María Vergara y Vergara, «Las tres tazas», en Julián Moreiro (comp.), *Costumbristas de Hispanoamérica. Cuadros, leyendas y tradiciones*, Madrid: EDAF, 2000, pp. 198.

<sup>12</sup> José María Vergara y Vergara, «Las tres tazas», p. 202.

<sup>13</sup> José María Vergara y Vergara, «Las tres tazas», p. 202.

<sup>14</sup> Nicomedes Pastor Díaz, *Obras de Don Nicomedes-Pastor Díaz, de la Real Academia Española*, t. vi, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999.

por el contrasentido que significaba estar celebrando en un momento de singular consternación para la península. Díaz llega a Caracas desde Cádiz a finales de abril de 1810, y se impone de la situación en que se encuentra el gobierno local, a su juicio desentendido de los males que aquejan a la madre patria en esos instantes. Critica acremente a quienes se encuentran al frente del Ayuntamiento, donde reside el gobierno, y entre los que cuenta a Martín Tovar y Ponte, Feliciano Palacio, José María Blanco y Liendo, Dionisio Sojo (esposo de Juana Bolívar), el canónigo Madariaga, Juan Germán Roscio y José Félix Ribas, entre otros, acusándolos a todos de despilfarradores de sus fortunas, jugadores, viciosos, ostentadores, nullos, poca cosa, etc. Díaz califica la rebelión por ellos encabezada como baja, degradante, ignominiosa, brutal, estúpida e insensata, según sus propias palabras. Pero lo que más le escandaliza es que

en las cajas de S. M. y en los depósitos particulares existían cerca de 3.000.000 de pesos fuertes, y nada fue reservado para satisfacer los fines de los novadores. Convites, bailes, fiestas públicas, pagos de sueldos en empleos nuevamente creados, pensiones, gratificaciones, gastos reservados, y cuanto pudo la insensatez imaginar para dilapidar, tanto se puso en ejecución<sup>15</sup>.

No deja de resultar asombroso que esto ocurra en Caracas a escasos días del célebre 19 de abril de 1810. Si hemos de dar algún crédito a Díaz, redomado realista, los patriotas habían prácticamente dilapidado en un lapso increíblemente corto el erario público en festejos, sin percatarse de que estos dispendios los pagarían muy caro prontamente. Pero este tipo de celebraciones no serán exclusivas de la capital de la Capitanía General de Venezuela. El cronista William Duane destaca en su *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823* que «en toda Sudamérica existe la costumbre de celebrar los acontecimientos importantes mediante fiestas y saraos»<sup>16</sup>. Ejemplo de esto es cuando se crea la Junta Suprema de Santa Fe el 22 de diciembre de 1810,

Aquel primer cuerpo soberano en que se fincaban tantas esperanzas, se instaló con gran regocijo: salvas de artillería, repiques de campanas en todas las iglesias, misa solemne con *Te Deum* en la catedral, con asistencia de los altos empleados civiles y militares, corrida de toros, banquete en palacio y por la noche baile en casa del doctor Camilo Torres<sup>17</sup>.

Durante esos primeros años, la vida continuaba con más o menos normalidad, si bien sufriendo algunas incomodidades y escaseces derivadas de las acciones bélicas, sobre todo en aquellas ciudades alejadas de las zonas en guerra como Santa Fe. Los bogotanos no se daban por aludidos respecto de la guerra, al menos durante la etapa llamada Patria Boba (1810 al 1815):

---

<sup>15</sup> José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Madrid: Imprenta de D. León Amarita, 1829, p. 26.

<sup>16</sup> William Duane, *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823*, t. 1, Caracas: Instituto Nacional de Hipódromos, 1968, p. 193.

<sup>17</sup> María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 278.

No obstante las agitaciones de la política, menudeaban los bailes, músicas y refrescos. El Presidente don Jorge Tadeo Lozano, que hacía en Santa Fe las veces de Fernando VII y a quien los cartageneros llamaban *Jorge I*, fue festejado con pompa el día de su onomástico; y el baile que se dio en la casa del rico marqués de San Jorge, hizo época: se invitó con esuelas, no se permitió otro traje a los hombres que el obligado para ir en cuerpo, y las damas, con lujosos atavíos, bailaban con los caballeros las contradanzas, minués y boleros<sup>18</sup>.

Esta apreciación la corrobora Ignacio Gutiérrez Ponce, quien describe la navidad de la Bogotá que vivió su padre, Ignacio Gutiérrez Vergara:

En tiempo de Navidad todo era contento y alegría: las familias se congregaban en el *pesebre* o nacimiento a rezar la novena del Niño; bailaban después el *sampianito* y el bolero, cantaban al son de la guitarra y concluía la fiesta con sabroso agasajo de empanadas y buñuelos<sup>19</sup>.

## Bailando con el enemigo

En la *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, de fecha 25 diciembre de 1810, encontramos una noticia que en la actualidad podría resultarnos bastante insólita: el general Nicolas Jean de Dieu Soult, comandante general de las fuerzas francesas de ocupación en España, da un baile al salir del Puerto de Santa María, «después del cual mandó que el pueblo pagase una contribución de 25000 duros [...]»<sup>20</sup>. Se trata de un festejo evidentemente forzado, una imposición a un grupo humano sojuzgado. Además de la ignominia que implica la ocupación y la derrota para un pueblo, ¿cabe esperar mayor humillación que obligarlo a divertirse a sus propias expensas? ¿Cómo podríamos justificar una conducta a todas luces reprensible por parte del vencedor? Si la esencia de un baile es el disfrute y la celebración, ¿se puede obligar a alguien a hacerlo, cuando evidentemente no está en condiciones emocionales ni pecuniarias para ello? Por lo demás, organizar un baile en medio de una guerra tiene de por sí graves implicaciones morales, y es desde todo punto de vista reprochable. Dice al respecto Bartolomé Mitre en su poema «A la derrota del Quebracho»: «¿Quién es el vil que ríe, canta y danza / Cuando el lamento de la patria suena, / A sus hijos llamando a la venganza?»<sup>21</sup>

En las guerras, los actores sociales son sometidos a fuertes presiones que los obligan a ponerse del lado del bando que circunstancialmente ostenta el poder político. Un baile constituye una ocasión propicia para comprometer a la población, especialmente a aquellos personajes influyentes y con recursos económicos. En muchas novelas del siglo XIX, las escenas

---

<sup>18</sup> María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 307.

<sup>19</sup> Ignacio Gutiérrez Ponce, *Vida de don Ignacio Gutiérrez Vergara y episodios históricos de su tiempo, 1806-1877*, vol. 1, Agnew: Imprenta de Bradbury, 1900, p. 38.

<sup>20</sup> *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, 25 diciembre de 1810, p. 1.046.

<sup>21</sup> Citado por José María Torres Caicedo, *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos*, París: Librería de Guillaumin y Cia. Editores, 1863, p. 265.

de baile constituyen un telón de fondo perfecto para dibujar las pasiones que se desatan en los conflictos bélicos, tal como ocurre en *El cerro de las campanas: memorias de un guerrillero* de Juan Antonio Mateos. Luego de la invasión francesa a México en 1863, que condujo a la posterior entronización de Maximiliano I, Luz —uno de los personajes de la novela— es conminada a asistir a un baile que ofrece el ejército de ocupación, so pena de quedar mal puesta con la nueva administración:

Le habían dicho, que de no presentarse en el baile, les tendrían por desafectos.

Le pintaban los horrores que los franceses habían hecho en España, con los que juzgaban sus enemigos.

Asustada la joven, y temiendo provocar la cólera de los invasores contra sus padres, había consentido [...]»<sup>22</sup>.

Véronique Hébrard, al ocuparse de la guerra independentista en Venezuela, ahonda precisamente en el tipo de sociabilidad que se establece durante las conflagraciones. Para ella, el hecho de que las personas asistan a estas celebraciones no supone necesariamente un cambio de bando, sino que están fundamentalmente motivadas por el miedo a las represalias por no adherirse a la causa momentáneamente victoriosa. La identificación de la población civil con los bandos beligerantes, la carga de alteridad que impone el enemigo y la recomposición social que ocurre necesariamente al finalizar las hostilidades, con su secuela de impunidad, venganzas, migraciones y exclusiones, son aspectos cruciales para comprender cómo funcionan los grupos humanos en condiciones críticas, intentando siempre restablecer cierto grado de equilibrio y orden dentro del caos<sup>23</sup>.

Hébrard estudia específicamente lo que denomina *manifestaciones musicales impuestas*: se trata a su juicio de «prácticas auspiciadas a nivel oficial, a través de las cuales las autoridades del momento deciden marcar a nivel sonoro un proyecto y un contexto político»<sup>24</sup>. En tal sentido coincide con Attali en que quien controla el ruido, controla el poder<sup>25</sup>. Solo en ese contexto pueden comprenderse (mas no justificarse) las bárbaras prácticas que vemos en el general Sout, y que comprobaremos de seguido fueron moneda común durante la Guerra de Independencia en ambos bandos. Esto nos permitirá entender cómo el baile —más allá de constituir una diversión eutrapélica, como la calificaría el bibliotecario virreinal Socorro Rodríguez— tiene una función política innegable que se maximiza en el contexto extremo de la guerra.

---

<sup>22</sup> Juan Antonio Mateos, *El cerro de las campanas: memorias de un guerrillero, novela histórica*, México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868, p. 118.

<sup>23</sup> Véronique Hébrard, «Alteridad e historia durante la guerra civil venezolana a través de las prácticas musicales y de la canción patriótica (1812-1823)», *Escritos. Revista universitaria de arte y cultura*, 13, 2001: 37.

<sup>24</sup> Véronique Hébrard, «Alteridad e historia durante la guerra civil venezolana...», p. 30.

<sup>25</sup> Jacques Attali, *Ruidos. Ensayo sobre la economía política de la música*, p. 15.

La novela histórica venezolana ha hecho célebres, por truculentos, los bailes que José Tomás Boves organizaba en el marco de la guerra a muerte decretada por Simón Bolívar en 1813. Boves hizo participar a la fuerza a los civiles en estos bailes, tal como lo narra William Duane:

Como la ciudad estaba tranquila y el recuerdo de los anteriores padecimientos había comenzado ya a desvanecerse, Boves manifestó —para testimoniar su satisfacción ante la apacible situación reinante— que daría un grandioso festejo. En consecuencia, se invitó a las principales personas de ambos sexos a un espléndido banquete amenizado con baile; e incluso se hizo saber que la inasistencia sería interpretada como un acto poco amistoso, con lo cual se consiguió el efecto que se deseaba<sup>26</sup>.

Por su parte, Felipe Larrazábal da cuenta de cómo terminaban estos macabros saraos:

La noche del día en que Boves ocupó a Valencia, la oficialidad obligó a las señoritas adoloridas por la muerte de sus padres y hermanos a bailar en un sarao que preparó en obsequio del jefe vencedor, y mientras duraba tan inmoral función, el 2º Jefe, Morales, con una compañía de asesinos entró en la casa de las señoras Urloas, donde se hallaban algunos oficiales patriotas, y a todos los pasó a cuchillo. Allí perecieron París, Espinosa, y otros mártires. Al favor de aquel baile, e instruido de lo que pasaba, se fugó el Coronel Escalona, que estaba detenido, en el propio alojamiento de Boves!<sup>27</sup>

La entrada del feroz Boves en Cumaná (16 de octubre de 1814) se había señalado por los ríos de sangre que corrieron a teñir las aguas del dulce Manzanares. Los realistas asesinaron a cuantos encontraron en las calles y plazas, indistintamente: mujeres, niños, viejos, enfermos. ¡A Carmen Mercié se la extrajo de la iglesia, dándole muerte un oficial, a presencia del mismo Boves, que reía de las contracciones que hacía el feto en el seno de la madre muerta [...]! Perecieron en dicho día mil personas; y por la noche celebró Boves aquella horrible matanza con un baile, que terminó a las 3 de la madrugada, con la muerte de la mayor parte de los músicos<sup>28</sup>.

Algo parecido narra José Manuel Restrepo en su *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, cuando el 4 de febrero de 1814 el Ejército Libertador ocupa la villa de Cúcuta. Allí se encuentran con una escena dantesca que dejó a su paso el general realista Lizon. Además del rastro de desolación y muerte, fue asesinado el anciano Juan Agustín Ramírez, de ochenta años, junto a su hijo y dos sobrinos. Lizon se apoderó de sus bienes «obligando a sus jóvenes y virtuosas hijas a que la misma noche de la muerte de su padre asistieran a un baile, en que pretendió sacrificarlas a su liviandad y a la de sus dignos satélites»<sup>29</sup>. Acciones igualmente brutales le endilga José Manuel Groot a los jefes realistas Pablo Morillo y Pascual Enrile durante la llamada *pacificación*. En nombre de estos dos ofi-

---

<sup>26</sup> William Duane, *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823...*, p. 193.

<sup>27</sup> Felipe Larrazábal, *Correspondencia general del libertador Simón Bolívar: enriquecida con la inserción de los manifiestos, mensajes, exposiciones, proclamas, &. &.*, New York: Imprenta de E. O Jenkins, 1865, p. 319.

<sup>28</sup> Felipe Larrazábal, *Correspondencia general del libertador Simón Bolívar...*, p. 336.

<sup>29</sup> José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, t. 1, Besanzon: Imprenta de José Jacquín, 1958, p. 238.

ciales se invita a las señoras de Santa Fe a participar en un baile en la casa del gobernador Antonio María Casano. No es casual que fuese el 14 de octubre, día en que cumplía años el rey Fernando VII:

Las viudas que habían vuelto de su destierro tuvieron que asistir, porque se hizo saber a todas que se tendría por señal de infidencia no concurrir al obsequio que se iba a tributar al soberano. Otras tenían a sus maridos, hermanos o hijos en presidio o destierro y temían no fuesen a agravarles la pena. Otras los tenían en la prisión, y estas eran las que peor estaban, porque aun no sabían la suerte que les tocara.

Esas pobres señoras temblando de miedo, con el pecho henchido de dolor y la imaginación herida con tantos horrores, tuvieron que asistir al baile de las fieras que desgarraban el pecho de sus esposos, hijos, hermanos y amigos; y que aún echaban sus miradas sobre los que estaban en las prisiones<sup>30</sup>.

Sin embargo, el objetivo que tenían estos bailes no era necesariamente doblegar la voluntad de los vencidos, quienes muy difícilmente cambiarían de opinión luego de las atrocidades cometidas en su contra. Lo realmente importante era el efecto que podían lograr en la masa de la población. Se trataba sin duda de bailes en los que la participación de la gente influyente de la localidad, los funcionarios, los propietarios, los comerciantes, los profesionales liberales, los artesanos, etc., resultaba primordial para convencer al resto de los pobladores que se plegaban al nuevo *statu quo*. Las guerras suelen ganarse primordialmente en la opinión pública, y un baile constituía en aquel entonces la más fiel demostración de que las cosas habían vuelto a la calma. ¿Quién celebra un baile en medio de la perturbación pública? Pareciera que la condición *sine qua non* de un baile es la paz social, y esa es precisamente la fuerza simbólica que tiene un acto de esta naturaleza en medio de un conflicto bélico: demostrar que todo está bien, aunque no sea cierto.

Se le atribuye al congresista demócrata estadounidense Hiram Johnson la célebre frase «la primera víctima de la guerra es la verdad», que pronunció en 1917 en el marco de la Primera Guerra Mundial. Esto mismo lo sabían perfectamente los generales bonapartistas o los de Fernando VII, pero también Simón Bolívar o Pablo Morillo. Es por eso que este último no pierde la oportunidad de publicitar el «éxito» de un sarao organizado en estos términos:

A los tres días de la función el editor de la *Gaceta de Morillo*, seguro de que nadie le había de contradecir y siendo su *Gaceta* el único órgano por donde podía saberse en el mundo lo que pasaba en Nueva Granada con sus *pacificadores*, daba noticia de esta función del modo siguiente: A las nueve de la noche pasaron ambos *jefes supremos* a la casa del señor gobernador político y militar don Antonio María Casano, donde por disposición y gusto de los mismos señores jefes, gobernador y oficialidad, estaban preparadas con diestras pinturas y decoraciones del mayor gusto magníficas salas para un gran baile, a que fueron convidadas todas las señoras y sujetos visibles. Allí se hizo brillar a competencia la *humanidad*, cortesía, delicadeza y los *héroes* españoles se manifestaron tan *dulces* y *apacibles* en aquel concurso como son formidables y denodados en el campo de batalla [...] <sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, vol. 2, Bogotá: Imprenta de Foción Mantilla, 1869, p. 432.

<sup>31</sup> José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, pp. 432-433.

La manipulación de información de la gaceta salta a la vista, poniendo a los españoles como benefactores, cuando en realidad habían cometido toda clase de tropelías. El propio Groot resalta en el texto algunas palabras que sin duda contribuyen a crear este clima de desinformación discursiva tan importante para ganar el favor del grueso de la población civil, que reclama a gritos la paz, la tranquilidad ciudadana y la estabilidad, sin importar el costo.

Pero sería pecar de ingenuos pensar que los patriotas no utilizaron métodos similares cuando se trataba de darle «razones» al vulgo para ponerlo de su lado. En el bando realista se propagan noticias muy parecidas a las que hemos leído por parte de quienes escriben la historia de los vencedores. José Domingo Díaz recuerda los abominables actos cometidos por Juan Bautista Arismendi, a quien tilda de cobarde e inhumano, en los aciagos días de febrero de 1814:

Cayeron en pocas horas las respetables cabezas de vecinos pacíficos que habían sido el ornamento de nuestra patria, y que igual derecho tenían al suelo que él profanaba. Las cárceles en un día quedaron desiertas, y el *Bárbaro* en el delirio de su triunfo lo celebró con bailes en las mismas cárceles en que por la mañana se habían oído los ayes de las víctimas, y cuando aun palpitaban los cadáveres destrozados. La historia de los tiranos no presenta una escena semejante<sup>32</sup>.

Por su parte, el general Henri Louis Ducoudray-Holstein, quien luchó junto a los patriotas durante los años más duros de la guerra, narra en sus *Memoirs of Simon Bolivar* la nada glamorosa entrada del general José Francisco Bermúdez a Caracas el 19 de mayo de 1821 en los siguientes términos: «[...] parecía un funeral. En las calles se encontraba una masa de indigentes miserables, pidiendo un céntimo por caridad. Las prostitutas se mezclaban en las filas de los soldados, entre el sonar de las campanas y el sonido de los cañones»<sup>33</sup>. Visto este estado de cosas, pareciera que lo que restaba a Bermúdez era atender las necesidades perentorias de la población en una ciudad abandonada y en ruinas, además de intentar consolidar el gobierno de la mejor forma posible. Para nuestro asombro, en vez de eso, «Bermúdez dio un baile, en el cual no se encontraban cuatro damas de distinción, todas las otras eran gente de color o negros. Ordenó, bajo severos castigos, iluminación general por tres días, cenas y festivales, y vivir jovialmente, a expensas de sus arruinados habitantes»<sup>34</sup>. Uno se pregunta muy seriamente cómo se puede ordenar a toda una población a «vivir jovialmente», tomando en cuenta el estado de prostración moral y económica en que se encontraba.

---

<sup>32</sup> José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, p. 391.

<sup>33</sup> «The entry of Bermudes into Caracas resembled a funeral. In the streets were found a mass of miserable wretches, some begging a cent for charity. Prostitutes mingled in the ranks of the soldiers, amidst the ringing of bells, and the sound of cannon» (Traducción mía). Henri La Fayette Villaume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 280.

<sup>34</sup> «Bermudes gave a ball, at which, not four ladies of distinction were found; all the others were colored people or blacks. He ordered, under heavy penalties, a general illumination for three nights, gave dinners and festivals, and lived jovially, at the expense of the ruined inhabitants» (Traducción mía). Henri La Fayette Villaume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 280.

Esto solo se explica si comprendemos que estas operaciones de guerra psicológica eran vitales para mantener el control de la información, desmoralizar al enemigo e intentar poner a la población de su parte. Los bailes constituyeron de por sí un campo de batalla simbólico de capital importancia en este sentido. Muestra de ello son las innúmeras noticias que encontramos respecto del baile durante la guerra de independencia contra los franceses en España, que tanto eco tuvo en la propia América. El 25 diciembre de 1810 la *Gaceta de la Regencia de España e Indias* da cuenta del «rotundo fracaso» del sarao organizado por el general Soult, baile que se dio con motivo del aniversario de la coronación de Napoleón Bonaparte:

Se ha notado que fue escasa la concurrencia al baile que dio Soult el día 2, para celebrar el aniversario de la coronación de Napoleón. Cuando el vecindario está cubierto de aflicción y de amargura, gimiendo bajo el peso intolerable de las exacciones y violencias de todas clases, ¿no es insultarlo el darle espectáculos de regocijo?<sup>35</sup>

La noticia resulta poco confiable: ¿cómo podía arriesgarse Soult a fallar en una iniciativa de tal importancia, que a todas luces tenía una precisa intención política y propagandística? Con seguridad habría conminado a los notables del lugar a asistir al sarao, tal como hemos visto era la práctica común entre estos oficiales. No hacerlo hubiese constituido más que un desaire: una verdadera traición. Además, si fuese cierta la argumentación de que la fiesta fracasó por lo afectada que se encontraba la población debido a los rigores de la guerra, ¿no sería igualmente válida en el caso de que hubiese dado por el bando contrario?

El doble rasero del cronista queda en evidencia cuando, sin empacho alguno, encomia el baile al que asistió en Lisboa el mariscal Lord Wellington, acérrimo enemigo de Soult, a escasos kilómetros del frente de batalla. El curioso episodio se reseña en la *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, y se lo pondera prácticamente como un acto de heroicidad de la población y del propio Lord Wellington, siendo aprovechada esta circunstancia para hacer propaganda en contra del enemigo:

Después principió el baile, que duró hasta la mañana siguiente, concurriendo a él gran número de personas de distinción de ambos sexos, prueba del poco temor que aquí infundía el ejército enemigo, a pesar de que solo distaba 5 leguas de esta capital. Durante la fiesta, el mariscal lord Wellington recibía de cuarto en cuarto de hora partes telegráficas de lo que pasaba en las líneas, adonde se restituyó inmediatamente después del banquete<sup>36</sup>.

Sylvanus Urban contribuye a la guerra sucia contra los franceses cuando reseña una carta que recibió desde la Coruña, donde se menciona que fue dado un baile

[...] en el festival de San José en honor al usurpador [José Bonaparte] por los oficiales franceses en Santander; a la ceremonia fueron invitadas todas las jóvenes de la vecindad. Parece que algunas

---

<sup>35</sup> *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, núm. 112, 25 diciembre de 1810, p. 1.046.

<sup>36</sup> *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, núm. 102, 1º de diciembre de 1810, p. 959.

no se aparecieron por ahí, entre ellas tres mujeres inglesas. Todas las ausentes fueron multadas con una suma de 4.800 reales, cerca de 48 libras esterlinas<sup>37</sup>.

No va a ser casual que de seguido de esta misma nota aparezca un texto alusivo a los eventos relacionados con el 19 de abril de 1810 en Caracas:

Los habitantes de Caracas en la América española se han proclamado independientes, como consecuencia de la partida de la Junta de la vieja España, y de la aproximación de los franceses a Sevilla. En la proclamación expresan su decidido odio a los franceses, su adhesión a la Gran Bretaña, y su deseo de reunirse con la Madre Patria una vez recuperada la independencia<sup>38</sup>.

No obstante, los franceses no se quedan atrás. La *Gazeta de Madrid* del 25 de marzo de 1810 reseña ampliamente las festividades realizadas en Córdoba el día anterior en honor a José Napoleón I de España:

En la Rambla el pueblo ha manifestado su amor al Soberano con el mayor alborozo; ha habido máscaras, fiesta de toros con cuerda, e iluminación general, habiendo colmado el público regocijo D. Josef Queraldo, que dio un baile en su casa, a que concurrió infinita gente. En Jaén, además de las salvas de artillería, la misa solemne y la iluminación general, se dio un baile público y con corrida de toros, a que asistió todo el pueblo. La alegría que en los semblantes de todos los moradores se echaba de ver, formaba una visible oposición con el estado de desolación en que voluntariamente se han constituido aquellos pocos pueblos que han dado oídos a las sugestiones de los malintencionados<sup>39</sup>.

En aquella misma gaceta se reseñan los bailes del 22 de marzo de 1810 en Toledo en honor a José Bonaparte. Los exhortos por someterse a su gobierno, y por el retorno a la normalidad y a la paz son explícitos:

A las ocho de la noche volvieron a reunirse, juntamente con otras muchas personas de distinción de ambos sexos, en la sala capitular, cuya iluminación y los vistosos fuegos artificiales atraieron hacia aquel paraje una multitud de gente de todos estados, la cual manifestaba su júbilo y alegría con las señales más evidentes, como también su deseo de ver restablecidos cuanto antes la tranquilidad y orden públicos en toda la nación por medio de más pronta sumisión a nuestro amable Soberano, de cuya bondad está penetrada esta ciudad por experiencia propia.

---

<sup>37</sup> «[...] that on the festival of St. Joseph a ball was given in honor of the Usurper by the French officers in Santander; and to this ceremony were invited all the young ladies of the neighborhood. Some of them, it seems, did not think fit to appear, and among these were three English women. All the absentees were fined in the sum of 4.800 rs. or about 48 L. sterling» (Traducción mía). Sylvanus Urban, *The gentleman's magazine, and historical chronicle. From July to December. Vol. 80, Part the second*, London: John Nichols & Son, 1810, p. 77.

<sup>38</sup> «The inhabitants of the Caracas on the Spanish Main have proclaimed themselves independent, in consequence of hearing from Old Spain of the departure of the Junta, and of the approach of the French to Seville. In their proclamation, they express their determined hatred to the French, their attachment to Great Britain, and their willingness to re-unite with the Mother Country should she regain her independence» (Traducción mía). Sylvanus Urban, *The gentleman's magazine, and historical chronicle...*, p. 77.

<sup>39</sup> *Gazeta de Madrid*, núm. 84, 25 de marzo de 1810: 403-404.

En la referida casa capitular hubo para todos los concurrentes un magnífico ambigú y un baile, que duró hasta las tres de la mañana del 20, asistiendo a él la música de la catedral y la del regimiento núm. 70<sup>40</sup>.

Más allá de la evidente manipulación que encontramos en todas estas noticias, independiente del bando de donde provengan, lo importante es que demuestran que el baile se constituyó durante la guerra en una formidable arma propagandística, y en un termómetro infalible para medir la adhesión política. En el caso de América, y particularmente en Colombia, apreciaremos un paulatino cambio en la medida en que la insensatez de la Guerra a Muerte va dando paso a maneras más «civilizadas» de hacer la guerra, al firmar Simón Bolívar y Pablo Morillo un *Tratado de Armisticio y Regularización de la Guerra*. El baile adquiere entonces una nueva connotación, ahora como vehículo diplomático por excelencia. Pero de eso nos ocuparemos en el próximo aparte.

### La guerra es un fandango

El baile jugó un papel fundamental en el seno de los ejércitos que lucharon la Guerra de Independencia, como distracción y esparcimiento preferido en medio de los horrores del conflicto bélico, tanto para los oficiales como para la tropa. Este tipo de expansiones eran muy usuales, incluso en los años más cruentos de la guerra. Ducoudray-Holstein, al referirse a algunas de las operaciones militares que realizaba el Ejército Libertador entre Cartagena y Boca Chica en 1815, describe lo siguiente: «procurarnos las provisiones, agua, etc. necesarias, nos tomó todo el día, y tuve una larga cena y baile, donde los oficiales del escuadrón y el fuerte fueron invitados»<sup>41</sup>.

Así también lo testimonia Henry Marie Brakenridge, quien durante un viaje a América del Sur hecho por mandato del gobierno estadounidense entre 1817 y 1818, recalca en la fragata Congress en la bahía de Juan Griego, isla de Margarita, donde tiene la oportunidad de ser recibido y agasajado por el general Juan Bautista Arismendi:

Hallamos en Arismendi un hombre pequeño, algo taciturno, pero de aspecto firme e indomable. Su convite superó muchísimo a todo lo que yo hubiese esperado en este lugar: varios de sus oficiales atendían a los huéspedes y parecían complacerse en tratarse mutuamente de *ciudadano* a la manera francesa. Se brindó, con acompañamiento de música y cañonazos. Habiéndose soltado nuestras cabalgaduras, nos vimos obligados a quedarnos aquí toda la noche. Se improvisó un baile, pero no del gusto más refinado. Por la mañana temprano nos despedimos de Arismendi y volvimos a bordo de la «Congress»<sup>42</sup>.

---

<sup>40</sup> *Gazeta de Madrid*, pp. 403-404.

<sup>41</sup> «The procuring of the necessary provisions, water, he took the whole day, and I had a large dinner and ball party, to which the officers of the squadron and the forts were invited» (Traducción mía). Henri La Fayette Villume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 113.

<sup>42</sup> Henry Marie Brackenridge, *Artigas y Carrera. Viaje a América del Sur hecho por orden del gobierno americano en los años 1817 y 1818 en la fragata Congress*, Londres: Impreso por F. & J. Allman, 1820, p. 224.

Con igual esplendidez actuaba el general José Antonio Páez durante sus campañas, brindándole a la población civil o a su tropa un momento de solaz cada vez que tenía oportunidad. Él mismo se divertía de lo lindo en esos saraos, según relata Richard Vowell: «Siempre que podía procurarse aguardiente, no dejaba de dar un gran baile a toda la población y él bailaba con asiduidad desde la primera contradanza hasta la última. Las damas de Achaguas le disputaron por el mayor bailarín de Barinas»<sup>43</sup>. Por su parte, el mismo Bolívar se distinguió por su gran afición al baile: «Cada vez que se queda dos o tres días en un lugar, da un baile o dos, en los que danza con botas y espuelas, y hace el amor a aquellas que gustan de complacerlo en ese momento»<sup>44</sup>.

Esto resulta cónsono con la frivolidad de la que le acusaban algunos de sus detractores, defecto insospechado en un héroe de su talla. Al menos eso es lo que deja ver Ducoudray-Holstein en un relato en el que describe al Libertador muy desventajosamente (en realidad lo hace durante todo su libro), en el encuentro que sostuvo Bolívar con Juan Bautista Arismendi en la isla de Margarita en 1816. Arismendi invita a Bolívar, Zea, Mariño, Piar y Ducoudray-Holstein a desembarcar y a apersonarse en su cuartel general en Juan Griego. Dado lo interesante del pasaje, lo citamos *in extenso*:

El gobernador mismo [Arismendi] nos recibió en el último puerto, con una numerosa comitiva, y al llegar a la plaza de su cuartel general, las tropas nos recibieron con sus armas y con música militar. Tras una buena y espléndida cena comenzó el baile, que duró toda la noche. Pero no cruzamos ni una palabra que tuviese conexión que ver con el asunto que allí nos traía, afanado como estaba Bolívar con el baile, del cual era tan apasionado practicante, que no pensaba en nada más. Yo estaba de muy mal humor, recapitulando en mi mente todo lo que había sucedido desde nuestra partida de Los Cayos, y me negué a bailar, tomando la firme resolución de renunciar al mando de un hombre, a quien no podía ni estimar ni respetar. Caminé de arriba abajo en la plaza pública, y repentinamente encontré al general Arismendi, quien me colmó de las mayores gentilezas y atenciones. Me sorprendí al encontrar a un hombre sincero y bondadoso, con quien se podía hablar de asuntos militares y políticos, con mucho más conocimiento y sentido del que jamás le escuché al general Bolívar. Este último, durante el mes que aproximadamente compartimos de manera íntima en el mismo barco, nunca me hizo una sola pregunta sobre táctica militar, o sobre cualquier otra cosa relativa a nuestro arte. Sus grandes ocupaciones fueron jugar al backgammon conmigo, con Brion o con Zea; caminar de arriba y abajo en la cubierta y hablar sobre temas muy comunes con uno u otro de sus oficiales; o dormir. En ese mes lo vi leer apenas tres veces un libro, y cuando lo hizo, fue el primero que encontró en el camarote, y no más de media hora cada vez. Su tema favorito era contarnos a Brion y a mí sobre su estadía en París, dándonos todos los detalles de lo bien que le había ido en esa capital, y algunas veces me hizo muchas preguntas sobre Napoleón, los vestidos de las damas y caballeros en la corte, y qué tipo de ceremonias eran necesarias para presentarse allí, etc., etc.; otra vez me preguntó acerca de sus mostachos, del de sus oficiales, de las modas y uniformes en el ejército francés o inglés, pero nunca pude sostener con él una simple plática sobre tácticas militares, ejercicios, etc. Él me detenía de inmediato, diciéndome, «Oh sí, sí, *mon cher*

---

<sup>43</sup> Citado por Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 331.

<sup>44</sup> «Whenever he stays two or three days in a place, he gives a ball or two, at which he dances in his boots and spurs, and makes love to those who happen to please him for the moment» (Traducción mía). Henri La Fayette Guillaume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 325.

*ami*, lo sé, yo sé que se trata de un libro muy bien escrito, pero dígame [...]», luego de lo cual me hacía una pregunta insignificante sobre asuntos muy triviales, lo que le daba un giro totalmente diferente a nuestra conversación<sup>45</sup>.

Por un baile se perdió más de una batalla. En el diario de Juan Spikerman, para aquél entonces sargento en la llamada cruzada de los 33 orientales, epopeya nacional uruguaya que frustró en 1825 las pretensiones del imperio brasileño de anexarse la República Oriental del Uruguay, se narra cómo estos soldados, comandados por el teniente coronel Juan Lavalleja, pudieron tomar por sorpresa a las fuerzas enemigas del comandante Julián Laguna, ya que los héroes amanecieron «como a una legua del pueblo, sin ser sentidos, *pues durante la noche los oficiales de la fuerza de Laguna habían estado de baile*»<sup>46</sup>.

El baile comienza también a usarse para hacer gala de poderío y dominio de la situación. Un relato anónimo referente a la famosa entrevista de los generales San Martín y Bolívar de 1822 en Guayaquil, es elocuente a este respecto. Además de ofrecer una narración del histórico encuentro —bastante sesgada a favor de San Martín— evidencia las fuertes tensiones y demostraciones de poder a que hubo lugar durante el evento. Independiente de esto, lo que nos interesa realmente aquí es cómo el baile se constituye en un escenario privilegiado

---

<sup>45</sup> The governor himself received us at the latter port, with a numerous retinue, and in arriving on the public square at his head quarters, the troops received us under arms, and with military music.

After a good and splendid dinner, the ball began, which lasted the whole night. But not a single word passed, which had any connexion with business; Bolivar was so totally engaged in dancing, of which he was passionately fond, that he thought of nothing else but the dance. I was in a very melancholy humor, recapitulating, in my mind, all that had happened from our sailing from Aux Cayes, and declined to dance, and formed a firm resolution to quit a man, whom I could by no means love or respect. I walked up and down in the public square, and was soon joined by general Arismendy, who was full of attention and kindness to me. I was astonished to find in him a frank and good man, who spoke of military matters and politics, with much more knowledge and sense than I ever heard general Bolivar. The latter, during about a month of our being in the same vessel, and very intimate, never asked me a single question on military tactics, or anything concerning our art. His great employment was to play backgammon with me, or with Brion, or Zea, to walk up and down on deck and talk on very common topics with one or another of his officers, or to sleep. I saw him in about a month's time, three times reading in a book; and when he did, it was the first one he found in our cabin; and this not half an hour at a time. His favorite topics were, with me and Brion, to speak of his stay in Paris, to give us detailed particulars of his good fortune in this capital, and sometimes he asked me many questions about Napoleon, the dresses of the ladies and gentlemen at court, and what kind of ceremonies were necessary to be presented, etc., etc.; another time, about his mustachios, and those of the officers, the modes of dress and uniforms in the French and English armies, but never could I speak a single word about military tactics, drills, etc. He stopped me immediately, saying, 'oh yes, yes, mon cher ami, I know that, I know that book is very well written, but tell me' —and then he asked me a very insignificant question on absolutely indifferent trifles, which gave another turn to our conversation (Traducción mía). Henri La Fayette Villalume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 147.

<sup>46</sup> Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri, *La epopeya nacional de 1825. 1. La cruzada de los treinta y tres orientales*, Montevideo: Librería Nacional Barreiro y Ramos, s.f., p. 8.

donde se juega el futuro de las noveles naciones americanas. El narrador, testigo presencial de los hechos, hace ver en su escrito que la población guayaquileña se sentía muy a disgusto con la ocupación del ejército de Bolívar, y que esperaba ansiosamente que fuese el de San Martín el que tomase el control de la situación. Por otra parte, da detalles de desplantes que los locales hacían a Bolívar, y de los guiños y muestras de simpatía que dirigían a San Martín, sobre todo las damas de la ciudad. Bolívar brinda esa noche un baile en honor a San Martín, al que concurre lo más selecto de la sociedad guayaquileña. Se trata, de acuerdo con el relato, de un verdadero alarde de galantería y política, un *tour de force* a ver quién gana más puntos en las simpatías del pueblo:

A las nueve de la misma noche fuimos al baile a que estábamos convidados. La reunión era brillante por el número, belleza y elegancia de las señoras y lo suntuoso del salón, perfectamente adornado e iluminado: en cuanto a los hombres, la mayor parte eran jefes y oficiales del ejército colombiano y del Estado Mayor del Libertador [Simón Bolívar]; gran número de ellos mulatos, y ajenos a los modales cultos de una sociedad distinguida. Asombrábanos su manera de conducirse con las damas, su falta de cortesía y compostura, no alcanzando a comprender, como es que la presencia del Libertador que los trataba como a siervos, no les imponía respeto, hasta que saliendo él también a bailar, vimos con sorpresa que hacía lo mismo que sus subordinados<sup>47</sup>.

Como podemos constatar, el escrito está pletórico de expresiones denigrantes y prejuiciadas hacia Simón Bolívar y su gente, en el que lo pintan como un verdadero patán, un hombre inculto y de escasos modales, cosa que en lo absoluto se compadece con la verdad. No obstante, al redactor del escrito le parece estar frente a una verdadera chusma, cuyo comportamiento colocaba al general San Martín y a él en una situación extremadamente bochornosa. El tono profundamente despectivo y discriminatorio del texto resulta por demás asombroso, en boca de un oficial del ejército libertador del sur:

Durante el baile nos mantuvimos en la más estricta reserva con ellos, porque a la verdad, a excepción de los ayudantes del Libertador, que eran jóvenes decentes, y algunos de ellos bien educados, lo demás, con muy pocas excepciones, era realmente una verdadera soldadesca. No estaba menos molesto nuestro general [San Martín], al verse envuelto en semejante laberinto, él que aún en sus reuniones más familiares y en la confianza de la amistad, observaba aquella moderación y decencia que siempre hay en gente bien nacida; así fue que determinó retirarse<sup>48</sup>.

En la medida en que se hace más inminente el triunfo de la causa patriota, los bailes organizados son cada vez más fastuosos, haciendo olvidar por un instante que se está aún en plena conflagración. La guerra no es óbice para la vanidad, y en esto se diferencia muy poco el papel que jugaban las mujeres en la sociedad republicana y en la época colonial, según

---

<sup>47</sup> «Entrevista en Guayaquil (1822) de los Generales San Martín y Bolívar», *Revista de Buenos Aires: Historia Americana, literatura, derecho y variedades*, t. 15, Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1868, p. 66.

<sup>48</sup> «Entrevista en Guayaquil (1822) de los Generales San Martín y Bolívar», p. 66.

deja ver Richard Bache, testigo de excepción de la época: «Los saraos oficiales son muy espléndidos, y en ellos ostentan las damas atavíos elegantes y costosos, adornadas de ricos encajes, bordados de oro o de plata, flores artificiales y gran profusión de joyas»<sup>49</sup>. Bache no solo advierte del lujo con que se adornaban las mujeres de los años iniciales de la república, sino que hace mención a un asunto que nos llama profundamente la atención: el tipo de música que bailaban, esencialmente diferente a la europea:

La música es muy buena, y tiene un estilo bastante peculiar. Los pasos de baile se asemejan un tanto a los de la contradanza inglesa, pero son mucho más complicados; las figuras del vals sustituyen aquí al atropellado galope nuestro, avanzando y retrocediendo sin cesar. Las piezas se alternan con el vals bailado en círculo, en el que los colombianos demuestran gracia extremada y un sentido perfecto del compás<sup>50</sup>.

Sin pretenderlo, Bache nos da claves muy precisas para conocer, que ya en una época tan temprana como 1822 se habían generado en Venezuela derivaciones americanas de la contradanza inglesa, lo que conocemos como *danzas*:

En la noche hubo un espléndido sarao conmemorativo. Los salones estaban adornados con singular belleza, mientras los corredores adyacentes aparecían radiantemente iluminados con lámparas de abigarrados colores, y el patio rebosaba de arbustos, que formaban, a causa de su artificial disposición, un delicioso paseo. La cena suntuosa y la música me cautivaron no solo por lo peculiar de su ritmo, sino también por el estilo del baile. Las parejas se ponen en fila, cual si fueran a iniciar una contradanza inglesa. Como los pasos se deslizan sobre un firme embaledado, no se ven aquellas cabriolas que estilan los franceses al pasar en el aire la mitad del baile, ni tampoco aquel empeño de los yanquis en ver quién resiste más; por el contrario, su estilo de danza es suave y gentil. Los movimientos, en vez de ser hacia arriba y hacia abajo —como el de una pajarita de papel entre dos discos eléctricos— es lateral, y las parejas guardan el compás rozando ligeramente el áspero pavimento. Estos bailes aparecen como complicados a los ojos de un extranjero, además de difíciles, pues hay vales en cada tanda, y es relativamente reducido el espacio destinado a los danzantes<sup>51</sup>.

Este derroche de suntuosidad en medio de las carencias y privaciones que sufrían el pueblo y las milicias eran objeto de las críticas más acerbas, aunque soterradas. La gente reprochaba sin duda estos dispendios, ya que el contraste entre la vida que llevaba la oficialidad y la de la gente común se hacía cada vez más ostensible. A esto se añadían además los egresos en propaganda de guerra, injustificable para la mayoría de las personas, incluidos los militares: «se dijo que con lo gastado en fiestas se hubiera podido cubrir nuestros sueldos. Era notorio que había pagado a quienes compusieron sonetos y canciones a los que las armonizaban para que el pueblo las cantara por las calles»<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> Citado en Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 173.

<sup>50</sup> Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 173.

<sup>51</sup> Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 172.

<sup>52</sup> Alexander Alexander, citado en Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 328.

La necesidad de celebrar con bombos y platillos los logros obtenidos por los bandos en pugna durante los años de la guerra era realmente acuciante, ya que de ello dependía la percepción favorable o desfavorable que se forjara el común de la gente de las noticias que recibía. En el *Acta de la Junta reunida en la Guaira el 28 de mayo de 1820, para la publicación y celebración de la Constitución de 1812*<sup>53</sup>, las autoridades realistas de ese puerto caribeño decretan ocho días de baile y comedia consecutivos e iluminaciones generales. Estos festejos se realizan a propósito de la jura por parte de Fernando VII de la constitución española promulgada por las Cortes de Cádiz. Aunque a su regreso al poder en 1814 el rey desconoció la constitución, se vio luego obligado a acatarla por pragmatismo político precisamente en 1820. De ahí las providencias que a este respecto tomó la Junta de La Guaira. No obstante, la constitución de Cádiz ya había sido publicada (y bailada) oportunamente en América, como consta en la recopilación bibliográfica que edita Antonio Bachiller y Morales en 1859: allí se reseña una publicación realizada por la imprenta de Arazoza y Soler en la Habana en 1812, titulada *Descripción del magnífico baile con que el Cuerpo del Comercio celebró la publicación de la Constitución. Por Z.* En referencia de la reposición del rey en el trono de España, la misma imprenta publica en 1814 una *Descripción de los ornatos y del baile público con que el Real Consulado, cuerpos y vecinos de la Habana solemnizaron el triunfante regreso del Rey Nuestro Señor D. Fernando 7<sup>o</sup>, por D. Tomas Romay.*

Durante la Guerra de Independencia se organizaron a menudo en los territorios que aún permanecían bajo dominio español, agasajos al rey de España, a su familia y a sus funcionarios, curándose —como quien dice— en salud. Pedro Tomás de Córdoba nos informa en sus *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico* sobre las manifestaciones de adhesión al gobernador y capitán general de la isla, Sr. Miguel de la Torre, realizadas el 24 de septiembre de 1824, con motivo de cumplirse un año de su arribo al cargo. Allí se le brindó «un público testimonio del amor que sus individuos profesaban al primer militar de la Isla. Dispuso para ello un suntuoso baile y ambigú, que tuvo efecto en la referida noche, y cuyo detalle se dio en la gaceta de 1° de Octubre [...]»<sup>54</sup>. Al evento concurrió por supuesto toda la alta sociedad puertorriqueña. El 29 de septiembre siguiente, el décimo quinto regimiento de infantería de Granada organizó también un baile en la casa consistorial en su honor, «en el que no se ahorró gasto ni fatiga: su elegancia y suntuosidad así como el buen gusto que reinaba en todo, lo ha hecho considerar como el mejor en su género en esta Ciudad», concluyendo la crónica con un lugar común que vemos repetido una y otra vez en las reseñas de los más suntuosos bailes americanos: «los ojos de los más concedores y

---

<sup>53</sup> Citada por Véronique Hébrard, «Alteridad e historia durante la guerra civil venezolana...», p. 32.

<sup>54</sup> Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico*, t. III, S.L., Oficina del Gobierno a cargo de Don Valeriano de San Millán, 1832, pp. 224-225.

que más han visto, ha parecido capaz de rivalizar proporcionalmente con los que se pueden dar en las ciudades ricas de la Europa»<sup>55</sup>. Por supuesto, en el baile no podía faltar el adorado monarca Fernando VII, quien hacía acto de presencia a través de su retrato, como ocurría por lo general en este tipo de agasajos a personajes de primera importancia. Como era mandante, el pueblo llano se incorpora también a la fiesta. La larga, fastuosa y delirante narración que consigna Córdoba de todos estos sucesos forma parte inextricable del complejo ensamblado destinado a asegurarse la fidelidad de los díscolos súbditos americanos. Atendiendo al viejo dicho romano de *Panem et circensis*, la corona se esmera en mantener distraído al populacho: «El pueblo quedó muy complacido con los fuegos de artificio que había dispuesto el Real cuerpo de Artillería, a pesar de la premura»<sup>56</sup>. Paralelamente y sin descanso, en las altas esferas continúa la seducción: «De regreso a la morada de SS.EE. se cantaron canciones realistas, hubo baile y se sirvió una suntuosa mesa con gusto y profusión, que fue ocupada alternativamente por el concurso y en la que se bebieron los vinos más exquisitos, brindándose en prosa y verso improvisado, por SS.MM»<sup>57</sup>. Por supuesto, muchas de estas manifestaciones públicas, si no todas, se hacían casi siempre a expensas de la población, cuyos vecinos se veían obligados a contribuir «a la ejecución de estas disposiciones con el mayor esmero [...]»<sup>58</sup>. Como podemos entonces constatar, en estas provincias americanas del Imperio Español, el baile se erigió también en un factor crucial para la estabilidad del poder monárquico.

Un último punto que queremos mencionar brevemente es el relativo a la utilización de la música de baile en el propio campo de batalla. Las bandas militares cumplían en el pasado una función primordial: transmitir las órdenes de avance, repliegue, flanco izquierdo, flanco derecho, etc., que eran necesarias para el desenvolvimiento de las tropas en el momento de la acción. En el contexto de una batalla, donde el fragor impide reconocer voz alguna de mando, la música constituía un medio de comunicación indispensable. Pero además, las bandas se ocupaban de infundir valor a los suyos, y con el ruido que metían, miedo a los otros. En los *Recuerdos históricos* de Manuel Antonio López se menciona que durante las acciones bélicas que tuvieron lugar en el campo de Ayacucho, que sellaron la independencia de América del Sur,

[...] la banda del *Voltígeros* rompió el *bambuco*, aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte; los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles, y entre frenéticos vivas a la libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó lentamente esa cuádruple legión de enconados leones<sup>59</sup>.

---

<sup>55</sup> Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas, históricas...*, p. 225.

<sup>56</sup> Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas, históricas...*, p. 230.

<sup>57</sup> Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas, históricas...*, p. 231.

<sup>58</sup> Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas, históricas...*, p. 434.

<sup>59</sup> Citado por María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 424.

Las fuentes anteriormente mencionadas nos ofrecen datos muy sugerentes en lo que respecta a los momentos en que se interrumpe momentáneamente el conflicto armado para celebrar un baile, que ya vemos, es mucho más usual de lo que aparenta. Su función no consiste únicamente en distender el clima enrarecido por la violencia, como cabe suponer en una primera instancia. La mayor parte de las veces se organizaban bailes para vengarse, para amedrentar a los otros, para decantar enemigos, para forzar fidelidades, para negociar adhesiones, o con un carácter netamente propagandístico. Se trata pues de eventos organizados como estrategias políticas, ideológicas o de inteligencia, que buscan fundamentalmente afianzar la posición de una de las partes beligerantes y persuadir a la población de la bondad o la fuerza de los vencedores. A pesar de que la referencia a los bailes ha sido sistemáticamente obliterada por los historiadores, por considerar que se trata de eventos de ínfima importancia, la verdad es que constituyeron durante el siglo XIX una parte fundamental dentro de la sociabilidad inherente a la guerra.

### *La Republique s'amuse*

Una vez concluida la guerra y consolidada la independencia, comienzan los problemas inherentes al gobierno de las nuevas naciones: organizar el estado; garantizar la estabilidad social, la gobernabilidad y la seguridad pública; desarrollar la economía, el comercio y la industria; atender las necesidades perentorias de la población, que eran muchas después de la guerra; reconstruir las ciudades y las instituciones, y diseñar en fin un plan de reconstrucción física y moral que parecía una empresa tan titánica como la guerra misma. En este periodo de paz continúa utilizándose el baile como arma política, pero con un carácter mucho más sutil y sugestivo, lleno de matices a veces imperceptibles, utilizando la diplomacia como estrategia principal, y con intenciones menos evidentes, pero no por ello menos trascendentes y persuasivas. Cabe aquí parafrasear la famosa oración de Karl Von Clausewitz referente a que la guerra es la prolongación de la política pero por otros medios: el baile se convierte en el campo de batalla político y simbólico por antonomasia, donde se van a dirimir las grandes diferencias entre los polos de poder. Ahora más que nunca, el control del ruido implica el control del poder.

Las danzas graves y serias que caracterizaron al viejo régimen dan así paso definitivo a las novedades coreográficas que llevaban marcadas el sello de los tiempos por venir. Los minuetos y rigodones ceden paso a los vales y las contradanzas. Ducoudray-Holstein da cuenta de esta transición que se estaba operando precisamente durante los años en que sirve como oficial a la causa independentista (1814-1816):

Los colombianos tienen todos los usos y costumbres de los antiguos españoles, sus fiestas civiles y religiosas, la sociedad, la manera de vivir, de comer y beber y de vestir, las leyes, las instituciones, etc., todas son como las de los españoles europeos. En el ejército y la armada de Colombia, las viejas reglas y ordenanzas del rey se siguen estrictamente. El baile debe ser abierto por el de más

alto rango de la sociedad: antes nadie esté autorizado a bailar. Como en España, son apasionados de los toros y de los gallos de pelea. Sus teatros, como los de España, son pobres y miserables. El fandango y el bolero fueron y siguen siendo los bailes favoritos de los colombianos, siguiéndolos de cerca los valeses y las contradanzas inglesas. Su música es la de la antigua España, como también la de sus conciertos. La guitarra es el instrumento nacional por excelencia. Pero en Caracas tienen algunas buenas canciones patrióticas y marchas, que se distinguen por su armonía y expresión, y a menudo las he escuchado con gran fruición<sup>60</sup>.

Esto no significa en absoluto que las danzas cortesanas como el minuet desaparecieran de repente del escenario durante la instauración de la novel república. El solapamiento es característico en estos procesos. Adolfo González Henríquez apunta que en un sonado baile ofrecido por el general Ucrós al Libertador en Cartagena, «solo se bailó minué, ritmo europeo de mucha etiqueta y poca popularidad»<sup>61</sup>, lo que debió haber sido, según sus palabras, muy aburrido. Pero de lo que no cabe duda es que, a pesar de esto, el baile en cuestión causó revuelo, ya que medio siglo más tarde todavía los personajes de Manuel María Madiedo<sup>62</sup> guardaban gratos recuerdos del evento:

Es lástima te decía, que no veas aquí un verdadero baile que sea la expresión genuina de nuestra ciudad; pero ya no hay un Bolívar que lo merezca ni un general José Ucrós que se lo brinde a nombre de la municipalidad. Lo que puedo decirte es que fue lo mejor de lo mejor que era entonces posible en Cartagena; y es preciso que sepas que esta pobre ciudad camina a su ruina; porque en la época en que el general Ucrós dio ese hermoso baile al Libertador de cinco naciones, todavía Cartagena era Cartagena. Fue como al siguiente día de la llegada de *El viejo* a la ciudad, en donde fue recibido como ya te he referido no ha mucho. Todo el largo balcón de la aduana estaba hermosamente colgado e iluminado en diversos colores. La plazuela de la aduana hervía en apiñadas cabezas. Un fuego de artificio ingeniosamente dispuesto dio principio a la fiesta, en medio de las armonías de una música incesante y de un entusiasmo loco.

Jamás tan numerosa ni tan lucida concurrencia ha visto esta ciudad como la de ese baile, en que el Libertador se dignó tomar parte en todo, con aquella supremacía que le era ingénita. ¡Y qué

---

<sup>60</sup> «The Colombians have all the manners and customs of the old Spaniards, their festivals, civil and religious, their society, manner of living, eating and drinking, and dress, laws, institutions, etc., all are like those of the European Spaniards. In the army and navy of Colombia, the old rules and ordinances of the king are strictly followed. A ball must be opened by the most elevated in rank of the society, before anyone else is permitted to dance. They are passionately fond of fighting-bulls and game-cocks—as in Spain. Their theatres were, like those in Spain, poor and miserable. The fandango and boleros were and are still the favorite dances of the Colombians, and next to them waltzes, and English country dances. Their music is that of old Spain; and so are their concerts. The guitar is the favorite national instrument. But in Caracas, they have some good patriotic songs and marches, distinguished for harmony and expression; which I have often heard with great pleasure» (Traducción mía). Véase Henri La Fayette Villume Ducoudray Holstein, *Memoirs of Simon Bolivar...*, p. 55.

<sup>61</sup> Adolfo González Henríquez, «La música costeña colombiana en la tercera década del siglo XIX», *Latin American Music Review*, 10, 1988: 322.

<sup>62</sup> Manuel María Madiedo, *Nuestro siglo XIX: cuadros nacionales*, Bogotá: Imprenta de Nicolás Ponton, 1868, pp. 385-386.

lujo aquel en las señoritas! ¡Qué profusión en todo! El ambigü fue exquisito por los manjares como por los licores y por la vajilla y el admirable servicio y el júbilo general. Todavía pienso en esa fiesta como en un sueño de hadas; y me entristezco, porque suponiendo que quisiéramos hacer un esfuerzo, ¿dónde hay un Bolívar a quien obsequiar?

Madiedo establece una interesante ecuación (que vamos a ver repetida en otros ensayos sobre el tema del baile) en la que pone de manifiesto la antigüedad que significaba para la época bailar el minueto, y cómo las nuevas formas coreográficas constituyen sin duda una evolución y perfeccionamiento con respecto a ese género. Madiedo homologa el minueto con el teatro hablado, en tanto que la *danza* (género que ha conquistado el gusto de los americanos para entonces) equivale en su parecer a la ópera, esto es, al teatro cantado, el espectáculo por excelencia del siglo XIX, el *súmmum* de la perfección:

Al cabo y a las diez en punto, porque más temprano habría sido una vulgaridad detestable, nuestras damas penetraron en el antiguo salón en que *in illo tempore* se lució más de una pareja con el entonces elegante minué, baile en que todo consistía en ciertos ademanes acompañados, que eran a la danza, lo que el recitado a las óperas. Pero en esos tiempos la gravedad española regía en toda su insipidez y un gobernador de Cartagena se creía un archipámpano de Sevilla. Además, los polvos y las rizadas pelucas no habrían podido rebajarse hasta el valse o la contradanza; y las danzas como la *cachucha* o las *jotas*, se reservaban para las diversiones caseras que hoy llamamos tertulias y alguna *soirée*, para darse aires de personas entendidas<sup>63</sup>.

Según lo que narra Duane, ya en 1822 la situación se ha tornado radicalmente diferente. El fandango, el bolero, el minueto y el paspié, el zorongo y el rigodón han sido definitivamente desplazados por esas dos agresivas especies danzarias que describe en el siguiente pasaje: «después de la primera contradanza siguió un vals, y así se fueron turnando alternativamente las piezas hasta las doce aproximadamente»<sup>64</sup>. Valses y contradanzas en alternancia: eso era lo que sonaba entonces y más nada. Estos nuevos bailes se constituyen en un correlato de los nuevos tiempos, en el que los resabios de la antigua política dan paso definitivo a las nuevas élites del poder.

Resulta un misterio saber el momento en que Bolívar se puso al día con los pasos de baile en boga, en particular del vals, tan ocupado como estaba con la liberación de Colombia. Pero atendiendo a la fama de fatuo que le endilga Ducoudray-Holstein, podemos inferir que de algún lado sacrificó el tiempo necesario para ello. Todos sus contemporáneos —como Alexander Alexander— testifican sin excepción que era un extraordinario bailarín: «Parecía ser un perfecto caballero en todos sus actos. Bailaba estupendamente el vals. Era de hábitos sobrios y abstemios, y hablaba con gracia y precisión [...]»<sup>65</sup>. Esta apreciación, además de contrastar en gran medida con las feas impresiones que nos deja el edecán de

---

<sup>63</sup> Manuel María Madiedo, *Nuestro siglo XIX: cuadros nacionales*, p. 387.

<sup>64</sup> William Duane, *Viaje a la Gran Colombia en los años 1822-1823...*, p. 102.

<sup>65</sup> Citado por Vince de Benedittis, *Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX*, p. 327.

San Martín acerca de Bolívar, deja en claro que su especialidad terminó siendo el género por excelencia que reinará por el resto del siglo XIX en los salones: el vals. Una de las tantas parejas ocasionales del Libertador, la norteamericana Jeanette Hart, describe de una manera más que elocuente lo hábil que era Bolívar en este baile:

Quando bailaba con el general Bolívar pude notar que solamente los pies de un bailarín por naturaleza podían llevarme a través de aquellos intrincados pasos y figuras de aquellas danzas exóticas y poco familiares para mí [...] La última pieza que tocó la banda y que bailamos los dos, fue un vals; la multitud cesó de bailar dejándonos el centro del salón a nosotros solos y colocándose alrededor para vernos bailar [...] La armonía de nuestros movimientos era tan bella, que ninguna otra pareja hubiese podido competir. El general se movía como si los acordes de aquel vals emanaran de su propio cuerpo, era algo como una disposición heredada<sup>66</sup>.

Al igual que Duane, Hart hace referencia a los complicados pasos que ya para 1825 — año en que ocurre la anécdota por ella referida— constituían moneda común en los saraos republicanos. Estos bailes, que Hart califica de «exóticos», no son más que la contradanza y el vals criollizados.

En sus *Memorias*, Daniel Florencio O’Leary, atestigua que Bolívar «hacía mucho ejercicio; después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto, dice su edecán O’Leary, trabajar cinco o seis horas, o *bailar otras tantas*, con aquella pasión que tenía por el baile» (énfasis mío)<sup>67</sup>. Pero no solo Bolívar gozó de fama de buen bailarín. Otros de sus generales también fueron célebres por la misma causa. Francisco de Paula Santander hacía gala de destrezas similares a las de su homólogo, al punto de que su nombre se asociaba con algunas complejas figuras de una contradanza, aparentemente de su invención. Llama poderosamente la atención el doble sentido en las palabras de Cordovez Moure al comparar las pericias requeridas para dirigir una batalla con aquellas necesarias para poner un baile: «El arreglo y disposición de una *contradanza* exigían conocimientos estratégicos de primer orden; el general Santander era muy fuerte en este ramo, y probablemente tal fue la razón para que, a las contradanzas *obligadas* o de figuras complicadas, se las llamara *Santandereanas*»<sup>68</sup>.

Al sur del continente, el general José de San Martín también utilizó el recurso del baile como arma estratégica para la consolidación social de las repúblicas liberadas. Con motivo de la declaratoria del Perú independiente el 28 de julio de 1821 se realizaron suntuosos festejos a propósito de celebrar tan magno acontecimiento:

La asistencia de cuantos intervinieron en la proclamación de la mañana: el concurso numeroso de los principales vecinos: la gala de las Señoras: la música: el baile: sobre todo, la presencia de

---

<sup>66</sup> Citado por Adolfo González Henríquez, «La música costeña colombiana en la tercera década del siglo XIX», p. 322.

<sup>67</sup> María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria...*, p. 298.

<sup>68</sup> José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Bogotá: Fundación Editorial Epígrafe, 2006, pp. 25-26.

nuestro Libertador [San Martín], que se dejó ver allí mezclado entre todos, con aquella popularidad franca y afable con que sabe cautivar los corazones —todo cooperaba a hacer resaltar más y más el esplendor de una solemnidad tan gloriosa—<sup>69</sup>.

Para ocasión tan especial no se escatimaron recursos de ningún tipo, y botaron literalmente la casa por la ventana en medio de la más absoluta escasez:

Aquí sería de desear que pudiese describirse la magnificencia de esta y de las demás funciones, como igualmente la costosa decoración de caprichosas iluminaciones, jeroglíficos, inscripciones, arcos, banderas, tapicerías y otras mil invenciones con que en tales casos se ostenta el público regocijo, y en las cuales compitió a porfía este vecindario. Baste decir, que todos y cada cual se excedieron a sí mismos, hallando el interés del bien común recursos, en donde las exorbitantes exacciones del extinguido Gobierno y la ruina de las propiedades parecían no haber dejado ni medios para la precisa subsistencia. ¡Tanto distan del obsequio tributado involuntariamente al despotismo, las espontáneas efusiones de alegría en un pueblo entusiasmado por la posesión de una felicidad inexplicable!<sup>70</sup>

En los años de gloria de la República de Colombia se celebraban con gran esplendor los 28 de noviembre, día de San Simón, por ser el onomástico del Libertador Presidente. Esta fecha se constituyó en la ocasión más propicia para mostrar lealtad al jefe del estado. Para ello, nada mejor que ofrecerle un suntuoso baile. En todas partes se celebraba la fecha con el mayor boato, desviviéndose por mostrar la mayor obsecuencia al mandatario. Estos bailes tenían el tufo indeleble de la adulancia y el servilismo, como se hace patente en el *Suplemento a la Gaceta de Colombia* del 17 de diciembre de 1826, en la que se reseña el «Cumpleaños del Libertador» celebrado a todo trapo en Trujillo, y que concluye con el baile de rigor:

El día de san Simón fue celebrado en Trujillo por el Sr. comandante de armas de aquella provincia benemérito coronel José Félix Blanco, con una pompa y magnificencia que no era de esperarse en aquella ciudad. [...] La fiesta terminó por la noche con un lucido baile y espléndido refresco que el citado Sr. coronel Blanco dio en la casa de su habitación<sup>71</sup>.

La *Gaceta de Colombia* del 31 de octubre de 1829 reseña también un ostentoso baile ofrecido en honor al santo del Libertador Simón Bolívar. A estos bailes asistía lo más granado de la sociedad santafereña, siempre ostentando la mejor de sus galas:

Tan memorable día terminó con un magnífico baile de etiqueta, concurrido por lo más selecto de la capital: en él brillaron menos los ricos y elegantes atavíos, que la suavidad de carácter y regocijo de las damas que lo hermoseauaban con sus gracias y encantos. Puede asegurarse, en honor del

---

<sup>69</sup> José Hipólito Herrera, *El álbum de Ayacucho, colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú y de los cantos de victoria y poesías relativas a ella*, Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro, 1862, p. 42.

<sup>70</sup> José Hipólito Herrera, *El álbum de Ayacucho...*, p. 42.

<sup>71</sup> «Cumpleaños del Libertador Presidente en Bogotá», *Suplemento a la Gaceta de Colombia*, núm. 270, 17 de diciembre de 1826, s.p.

pueblo bogotano y de su guarnición, que el recuerdo del día en que ha nacido para la América un libertador, para el mundo un héroe, lo han solemnizado con el sincero afecto que le consagran<sup>72</sup>.

Pero cualquier otra ocasión era propicia para rendirle pleitesía al Libertador Presidente. En Bogotá se le ofrecen toda clase de agasajos con motivo de su regreso a la capital en 1826. La empalagosa nota «Obsequios al Libertador Presidente en Bogotá», publicada en la *Gaceta de Colombia* del 26 de noviembre de ese año nos da muestras de ello:

Aunque ningún obsequio es bastante digno del general Bolívar, tenemos el gusto de publicar los que en esta capital se le han hecho con la más fina voluntad. El gobierno le dio un lucido convite en el palacio el día 14 en que hizo su entrada, y al siguiente día otro en la quinta de S. E. En la noche del 17 el director de la música militar Sr. Antonio de Velasco le dio un famoso concierto en el palacio, en el cual por primera vez se tocó la ópera de Tancredi puesta por Velasco para música instrumental. El día 21 le dio un magnífico convite el coronel Campbell encargado de negocios de S. M. B. [Su majestad Británica]. El día 22 otro no menos magnífico el Sr. Francisco Montoya. El día 23 por la mañana un espléndido almuerzo el señor Segismundo Leidersdorf, y por la noche un hermoso baile el mismo encargado de negocios de S. M. B. El 24 un elegante y espléndido convite los señores Juan Manuel y Manuel Antonio Arrublas. Ayer 25 salió el LIBERTADOR de esta capital y debe comer y dormir en la hacienda del Excmo. Sr. vicepresidente, donde sabemos se ha preparado un lucido recibimiento. Hoy debe recibirle en su hacienda de Boita el Sr. Luis Montoya y allí pernoctará<sup>73</sup>.

Es obvio que Bolívar no fue el único agasajado por la ciudadanía. En ocasión de la votación del Congreso Constituyente de Bolivia, en la cual se honra con la presidencia de ese país a Antonio José de Sucre, se suceden una serie de actos que se narran en nota recogida en la *Colección de documentos relativos a la vida pública del libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*. Aceptada como fue la presidencia de ese país hasta 1828 por el mariscal Sucre, la concurrencia del congreso rompió en aplausos y vivas a su persona y a Bolívar. Luego entró el ya mencionado batallón Voltígeros a la ciudad, marchando hasta la plaza y haciendo una parada militar en honor al gobierno recién constituido. Posteriormente se efectuaron los festejos de rigor:

A las cuatro de la tarde se sirvió en casa de S. E. el Presidente de la República un magnífico banquete de cincuenta cubiertos, al que asistieron el Sr. Ministro Plenipotenciario del Perú, varios diputados del Congreso y toda la oficialidad de VOLTÍGEROS teniendo a su cabeza el benemérito Sr. general CORDOVA. La abundancia acompañada de un jovial humor reinaba en la mesa, y la imaginación animada por el espirituoso Baco expresaba los sinceros y vivos sentimientos que ocupaban a los concurrentes. No hubo un solo corazón que no se sintiese movido con el tierno recuerdo de BOLÍVAR; no hubo un solo labio que no expresase con un placer entusiasta el nombre del LIBERTADOR DE COLOMBIA Y DEL PERÚ, del padre benéfico de BOLIVIA. Al ponerse el sol una salva de artillería anunció que las mantas de la noche cubrían la tierra. Se cerró este día célebre

---

<sup>72</sup> «San Simón», *Gaceta de Colombia*, núm. 437, 31 de octubre de 1829, s.p.

<sup>73</sup> «Obsequios al Libertador Presidente en Bogotá», *Gaceta de Colombia*, núm. 267, 26 de noviembre de 1826, s.p.

por el hombre que lo inmortaliza con un baile elegante dado por S. E el GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, al que concurrieron todas las hermosas que encierra CHUQUISACA, vestidos con un lujo y gusto nada común<sup>74</sup>.

La *Gaceta de Colombia* se dedicó a reseñar numerosos bailes oficiales o privados que se ofrecieron principalmente en Santa Fe de Bogotá, contando siempre con la participación de distinguidos diplomáticos, representantes de las potencias extranjeras y hombres de negocios, que ya revoloteaban por esos lares en busca de las pingües ganancias que prometerían los tratos comerciales con la nueva república. Curiosamente, muchas de estas revistas aparecen bajo el título de «Parte no oficial», como si de una guerra se tratase. Con motivo de un aniversario más de la batalla de Boyacá, la *Gaceta de Colombia* del 15 de agosto de 1824 pasa revista a «un elegante baile en el palacio, cuyo concurso fue tan numeroso, como magnífico. El ministro de los Estados Unidos con su señora, y los señores comisionados de S. M. B. Hamilton y Henderson también con su señora tuvieron la bondad de concurrir a la función»<sup>75</sup>. El mismo periódico resalta en fecha 24 de abril de 1825 que «[...] la semana última ha estado muy animada con convites y bailes de la más notable sociedad»<sup>76</sup>. Más adelante continúa informando, con una redacción bastante extraña, que

el jueves siguiente 14 reunión en su quinta el Sr. Henderson cónsul general de S. M. B. una brillante compañía de damas y ciudadanos para baile y se sirvió después un abundante refresco: la sala principal estaba adornada con varios transparentes en donde se leían motes honrosos al congreso de Colombia, al ejército libertador, y a los secretarios del despacho; también el retrato del señor Canniog primer secretario de S. M. B., teniendo en la mano la circular en que avisaba a los ministros extranjeros la determinación de reconocer a Colombia [...].

El sábado inmediato reunió una compañía semejante el sr. coronel Wats *charge d'affaires* de los Estados Unidos de la América del Norte. A la [ilegible] del convite se veían entrelazadas las banderas de la Gran Bretaña a la derecha, la de los Estados Unidos a la izquierda, y la de Colombia en el medio. ¡Qué ideas tan lisonjeras y tan orgullosas inspiraban la unión de estos tres pabellones!<sup>77</sup>

Nótese que la reseña del baile del 14 de abril hace mención especial al adorno con frases alusivas a los vencedores de la guerra, pero sobre todo al retrato del primer secretario de Jorge IV sosteniendo en su mano el reconocimiento oficial del Reino Unido a Colombia como país independiente. También se resalta la imagen de la bandera de Colombia, flanqueada por la de Estados Unidos y Gran Bretaña, en el baile que se realizó el sábado siguiente. La carga simbólica de estas señales (banderas, retratos, colores, jerarquías), pero sobre todo el que apareciesen reseñadas con tal precisión en la prensa y fuesen leídas por todos los ciuda-

---

<sup>74</sup> Simón Bolívar, *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar. Volumen decimoquinto*, Caracas: Imprenta de G. F. Devisme, 1828, pp. 315-316.

<sup>75</sup> «Aniversario de Boyacá», *Gaceta de Colombia*, núm. 148, 15 de agosto de 1824, s.p.

<sup>76</sup> «Parte no oficial», *Gaceta de Colombia*, núm. 184, 24 de abril de 1825, s.p.

<sup>77</sup> *Gaceta de Colombia*, núm. 184, 24 de abril de 1825, s.p.

danos ilustrados de Colombia, tenía un inmenso poder de persuasión entre la gente, la más influyente a nivel político del país. Algunos detalles que pudiesen parecer nimios, y que incluso han perdurado hasta nuestros días en América Latina, como por ejemplo el adornar las invitaciones con lazos tricolores, forman parte de toda esa mercadotecnia:

—Ah! repuso Alejandro, es cierto, tú no conoces esa especie de coquetería de esta tierra para invitar a las señoritas a ciertos bailes—. A los hombres se les pasa un billetito elegante; pero desde los tiempos de la gran Colombia, en que todo era a estilo militar; pero simpático como todo lo de esos bellos días, nos hemos quedado con *ciertos toques* característicos de aquella época de luchas y de triunfos; y cuando el baile tiene algo de notable, se acostumbra convidar a las señoritas por medio de una banderita de raso, con los colores nacionales y algún mote impreso en su centro en letras de oro, y alusivo a la fiesta<sup>78</sup>.

El baile pasa a convertirse ahora en el escenario por antonomasia donde se despliega, no ya la ferocidad bélica, sino el ingenio diplomático. En este sentido, los bailes se utilizaron también como escenario para sellar tratados de gran importancia, tal como lo reseña la *Gaceta de Colombia* del 31 de octubre de 1829, a propósito de la llegada a Bogotá de don José Larrea y Loredó, ministro plenipotenciario del Perú. Este embajador arribó a Santa Fe para negociar la paz entre el Perú y el gobierno de Colombia. Según relata la gaceta, «el 15 lo recibió el Libertador en su palacio, donde comió con él y hubo baile por la noche»<sup>79</sup>.

El clima político se había enrarecido en los años finales de la década de los veinte. Las conspiraciones se multiplicaron, lo que obligó a Bolívar a declarar la dictadura. El 25 de septiembre de 1828 ocurre un intento de magnicidio en el palacio de gobierno de Bogotá. Comienzan entonces las investigaciones sobre el hecho, que arrojan los más curiosos resultados. La nota de la *Gaceta de Colombia* del 5 de octubre de 1828 ofrece detalles acerca de los planes iniciales de los conjurados, que contemplaban perpetrar el asesinato precisamente durante un sarao:

Por los progresos que han seguido haciéndose en la investigación de este atentado infernal, se ha hecho ya notorio que la primera intención de los traidores fue llevarlo a efecto en la noche del 10 de agosto, durante el baile de máscaras con que la municipalidad de esta ciudad celebró el aniversario de la entrada del Libertador en ella después de la victoria de Boyacá. [...] Concurrieron sin embargo al baile en cuadrilla y con las mismas divisas. Debía tentarlos la ocasión, pues el Libertador recorrió solo los diversos salones y anduvo entre las máscaras: los tentó en efecto; más la feliz estrella de Colombia salvó a S. E., que se retiró a palacio antes del tiempo en que los conspiradores creyeron que lo haría ¡Qué habría sido de la reunión, que de la ciudad y de toda la República, si a la inmensa trascendencia del crimen hubiese habido que añadir tan graves circunstancias?<sup>80</sup>

Mientras se multiplican las intrigas, los agasajos a Bolívar se suceden uno tras otro. No podía ser de otra manera, ya que, al igual que ocurría durante la guerra, el mensaje a la pobla-

---

<sup>78</sup> Manuel María Madieto, *Nuestro siglo XIX: cuadros nacionales*, p. 385.

<sup>79</sup> «Colombia y Perú», *Gaceta de Colombia*, núm. 437, 31 de octubre de 1829, s.p.

<sup>80</sup> «Conspiración del 25 de septiembre», *Gaceta de Colombia*, núm. 376, 5 de octubre de 1828, s.p.

ción debía ser claro y contundente: si la república se divierte, es porque todo está en orden. Sin embargo, la contradicción aflora en la misma *Gaceta de Colombia* del 31 de diciembre de 1829, cuando da cuenta, por un lado, del desconocimiento de la autoridad suprema del Libertador en la Provincia de Buenaventura en Antioquia, mientras que, por el otro, en la misma página reseña los seis días de fiesta continua en presencia del retrato del Libertador, que organizó en la ciudad de Girón, Provincia de Pamplona, el coronel José Félix Blanco:

[...] el retrato del Libertador fue restituido con la más respetuosa solemnidad [...] a la noche, un famoso baile en que más de 40 jóvenes del bello sexo, hermo세aban la sala del edificio [...] un refresco delicadamente servido coronó la diversión; y de resto, el inmenso gentío de más de 6.000 almas, que de todas partes concurrieron a celebrar este día agosto, estuvo entregado a inocentes regocijos, vitoreando a su Libertador.

[...]

En las noches 4ª y 6ª de estas fiestas hubo también gran baile en la misma casa y con el propio gusto que el primero; y siempre estuvo manifiesto al pueblo el retrato del Libertador, colocado en el centro de un polígono trasparente de 12 lados o radios, en que estaban inscritos los 12 departamentos de la República, saliendo del seno de su creador y padre, Bolívar<sup>81</sup>.

La naturaleza eminentemente política de estos bailes se descubre sin ambages en la conclusión del texto citado, en la que quedan expuestas claramente las intenciones de los organizadores:

En estos seis días de fiestas y regocijos, consagrados al Libertador, no se han oído más voces desde la más pequeña choza, hasta las más grandes reuniones, que *vivas* y *aclamaciones* al padre de Colombia, y *unión* y *concordia* entre los colombianos; y nada prueba más la sinceridad de estos votos, que el grato sacrificio hecho por personas respetables que de mucho tiempo eran presa de la discordia y parecían irreconciliables, deponiendo sus resentimientos al pedestal de la imagen del padre de la paz de Colombia, estrechándose mutuamente en tiernos abrazos, e invocando el nombre augusto de S. E. por testigo de la buena fe de sus nuevos pactos de alianza y amistad.

Las manifestaciones públicas de adherencia a las políticas de Bolívar fueron muy comunes en esa época crítica, e incluyeron indefectiblemente un baile como corolario. Cuando asume la dictadura el 28 de junio de 1828, se vuelve imprescindible apoyar la medida con muestras fehacientes de aceptación. Es así como en la villa de Petare, ciudad vecina a Caracas, la municipalidad realiza un pronunciamiento a favor de la medida tomada por el Libertador. En virtud de eso, el presidente del Concejo Municipal convocó a los padres de familia y vecinos más notables de la villa para informarles que Bolívar se había erigido como «jefe supremo de Colombia», en aras de evitar la anarquía y garantizar la estabilidad de la república. Esta noticia, que solo puede interpretarse como una solución drástica tomada frente a una crisis política de incalculables consecuencias —como las que efectivamente sobrevendrían luego—, constituye el motivo de mayor regocijo para los políticos petareños, al extremo que

---

<sup>81</sup> José Félix Blanco, «Cumpleaños del Libertador presidente», *Gaceta de Colombia*, núm. 443, 31 de diciembre de 1829, s.p.

en este estado los señores municipales transportados de gozo, y con unanimidad de sentimientos, acordaron: que para el 26 en la noche se disponga un tablado en la plaza, en el que se colocará el retrato del héroe americano y jefe supremo de Colombia, continuando un concierto con canciones, y en seguida un baile popular y la correspondiente iluminación por tres noches: que se haga cantar en la iglesia en acción de gracias una misa solemne con *Te Deum* el 27, a la que concurrirá esta corporación y demás vecinos notables; y que se invite al público para que se contraiga a toda especie de regocijos lícitos; que les sugiera su entusiasmo patriótico, convocando a los padres de familia y demás personas notables para mañana en la noche, donde se acordará todo lo mas que se juzgue conveniente en honor de la república y de su benefactor<sup>82</sup>.

Tal enajenación solo puede justificarse a la luz de una muy bien articulada campaña de apoyo político al mandatario en apuros, a la cual se prestaron los municipios con suma diligencia.

Bolívar cae definitivamente en desgracia, y debe abandonar el poder en mayo de 1830. No obstante, en su camino hacia el exilio a través del territorio colombiano sigue siendo objeto de agasajos que por lo general terminan en un baile. En su *Partida del Libertador*, Juan B. Ortiz narra el paso de un Bolívar agonizante por Honda, donde, a pesar de su precario estado de salud, acepta el homenaje que le rinden los ciudadanos más preclaros de esa localidad: «Los miembros del concejo municipal, los empleados públicos y los principales vecinos habían dispuesto un baile para esa noche, en el que Bolívar, a pesar de su cansancio y debilidad, se manifestó complaciente y agradecido a tantas atenciones, que en su posición no esperaba»<sup>83</sup>.

La práctica del baile como un hecho incontestablemente político, tal como lo hemos demostrado a lo largo de este escrito, seguirá verificándose durante todo el siglo XIX posterior a la Independencia. Por ejemplo, en *El Centinela de la Patria* del 24 de febrero de 1847 se reseña la entrada José Antonio Páez a la Victoria, donde se le ofrece un baile, seguramente más por miedo a los estragos que podrían causar sus tropas a la ciudad, que por otra cosa. Al menos esa es la impresión que queda al leer la mencionada crónica:

A las nueve y media principió en casa del Sr. Juan Maucó un magnífico baile. Cuarenta hermosas parejas eran el mejor adorno de la sala, elegantemente preparada además: pero sobre todo era sorprendente el golpe de vista que presentaban el patio y corredor, engalanados con el mayor esmero. En el centro del patio, una hermosa columna formada de verdes ramas, sustentaba doce elegantes arcos, que con otros tantos formados en los corredores, presentaban en conjunto una hermosísima bóveda de bosques. Toda esta bóveda brillaba iluminada con numerosas luces alimentadas en vasos teñidos de los colores nacionales; y debajo de ella estaba servido un ambigú abundante, rico y espléndido, como para ochenta convidados. El baile duró hasta las cuatro y media de la madrugada, habiendo cedido S. E. a las instancias que se le hicieron para poner la primera contradanza, como efectivamente lo hizo<sup>84</sup>.

---

<sup>82</sup> Simón Bolívar, *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia...*, pp. 257-258.

<sup>83</sup> Juan B. Ortiz T., «Partida del Libertador (Honda-1830)», en *Museo de cuadros de costumbres y variedades*, t. II, Bogotá: Foción Mantilla, 1866, p. 98.

<sup>84</sup> «Entrada de S.E. el General Páez en La Victoria», *El centinela de la Patria*, núm. 41, 24 de febrero de 1847, s.p.

La conclusión de la nota deja bien en claro las intenciones del baile en el sentido de que la ciudad no quería quedar debiendo nada al general: «Nada dejó que desear la Victoria en la presente ocasión: ella ha sabido apreciar de un modo digno los merecimientos del ilustre defensor de las instituciones».

El baile va a ser el protagonista incluso en los momentos más aciagos de esta generación que sobrevive a la independencia y a la Gran Colombia. José Tadeo Monagas encierra en la cárcel a su antiguo conmillón José Antonio Páez, a raíz de la disolución violenta del Congreso de Venezuela el 24 de enero de 1848, donde fueron asesinados a mansalva varios diputados. Páez logra sobrevivir a las paupérrimas condiciones físicas en que se encontraba confinado, gracias al baile:

De Caracas me trasladaron al castillo de San Antonio en Cumaná y se me encerró en una reducida mazmorra de piso húmedo y donde el aire era tan sofocante que me veía obligado a tenderme en el suelo y aplicar la boca a la rendija de la puerta para poder respirar. A un hombre como yo, acostumbrado a la vida de los campos, la clausura era tormento insoportable, y la falta de ejercicio le ponía en peligro seguro la existencia, y así con objeto de salvarla, al son de la guitarra de un soldado de la guarnición, me entregaba diariamente al baile, ejercicio que formaba gran contraste con el estado de mi espíritu, hasta que agobiado de cansancio me tendía en aquel suelo terrizo para conciliar el sueño<sup>85</sup>.

Esperamos que durante este escrito, haber demostrado la importancia que tuvo el baile en la Colombia de Bolívar, como asunto de primer orden para el desempeño del poder y el mantenimiento de la «normalidad» social. No de otra manera podemos leer todos estos documentos que atestiguan un uso preeminentemente político de esta aparentemente inofensiva diversión, que de eutropélica nada parece tener.

---

<sup>85</sup> José Antonio Páez, *Autobiografía del general José Antonio Páez*, vol. 2, Nueva York: Imprenta de Hallet y Breen, 1869, p. 473.